

---

# VAGAD O LA IDENTIDAD ARAGONESA EN EL SIGLO XV (ANTROPOLOGIA SOCIAL E HISTORIA)

Carmelo Lisón Tolosana

---

## I

El 12 de septiembre de 1499 apareció, «en la muy noble y siepre augusta ... ciudad pricipal de los reynos de aragón Zaragoza ... emprentada por ... Paulo Hurus», la denominada *Coronica de Aragón*. Abre este tomo en folio, a dos columnas, de letra gótica angulosa, una portada en la que está reproducido el escudo de Aragón: la encina verdeante, la cruz esquinada, las cuatro cabezas de reyes moros separadas por los brazos de la cruz de San Jorge, y las barras; el conjunto heráldico está sostenido por un ángel de densa cabellera, coronado y con alas; en los extremos inferiores del recuadro, que también enmarca al ángel, se acechan, tensos y arqueados, dos leones simétricos y opuestos. El volumen, de 180 folios, viene precedido de un corto preámbulo y de una «tabla» de contenidos. A este índice sigue un prólogo primero «sobre las tatas noblezas y excellecias dela Hespaña»; el segundo prólogo, a continuación del anterior, tiene por título: «sobre las tatas alabanças del reyno de Aragon». Termina esta parte introductoria con un tercer prólogo o «Breve y llana entrada y delectable aparejo para mas clara sentir la excellecia dla historia d arago»<sup>1</sup>. El folio I viene encabezado por el primer capítulo,

---

<sup>1</sup> Están sin numerar. Citaré por prólogos (primero, segundo y tercero) respectivamente.

---

que inicia la historia del reino con los reyes de Sobrarbe y Ribagorza; el CLXXX (que cierra la historia con la muerte de Alfonso V —1458—) termina con un breve colofón y con el escudo del impresor.

La fotocopia que manejo proviene del incunable que fue propiedad de, y está anotado y cotejado por, Juan Francisco Andrés Ustarroz, cronista del reino de Aragón bajo Felipe IV. Este original debió de peregrinar de Zaragoza a la biblioteca del convento de los capuchinos de Madrid y de aquí a la Biblioteca Nacional, en cuyos fondos hay dos originales más. Otros incunables de la *Coronica* pueden consultarse en la Real Academia de la Historia, en Zaragoza (Universidad), en Toledo (Biblioteca Provincial), en las universitarias de Valencia y Salamanca, en París, en el British Museum, en el Vaticano, Brasil, etc.<sup>2</sup> A principios de siglo se vendió un ejemplar en Madrid por la cantidad de 3.000 pesetas; hace pocos años se cotizó otro en 4.500 dólares en la ciudad de Nueva York<sup>3</sup>. En total, y según mi información, no llegan a veinte los incunables conocidos y descritos.

El autor es Gauberte Fabricio de Vagad, natural de Zaragoza. De Vagad ignoramos casi todo; hasta sus nombres y apellido son extraños, nada comunes en Aragón; saben a ascendencia italiana. Latassa, no sé con qué fundamento, escribe que nació a principios del siglo xv<sup>4</sup>, lo que le haría fácilmente octogenario en la fecha de la publicación de la *Coronica*. Su padre, según cuenta el hijo<sup>5</sup>, participó en el fracasado cerco de Setenil (1407), que dirigió el regente castellano, y futuro rey de Aragón, Fernando de Antequera: «assento su real sobre Setenil: y cobatiola muchas vezes. y armo a la postre un artificio de madera: que llaman grulla: q se leuantaua sobre la villa, tan alto era. y esperando el otro dia con el artificio aquel ganarla: fallaron que en amaneciendo le houieron cortado el pie los mismos del real: de que recibio mortal enojo el infante: visto que fasta los suyos le destorbauan el seruicio de dios: y el acreçetamiento de la corona de Castilla. y leuato luego el real. En este cerco se fallo mi padre: y por el supe la verdad del fecho». Es posible que, ante la deserción de los castellanos y retirada del infante, Vagad padre volviera a Zaragoza. El hijo, nacido en la ciudad, debió seguir la inclinación militar del padre, pues inicia su mudable carrera como alférez del «muy illustre don johan de arago, arçobispo de çaragoça»<sup>6</sup>, hijo de

<sup>2</sup> Estas y más noticias sobre otros ejemplares pueden leerse en *Bibliografía zaragozana del siglo XV*, por un bibliófilo aragonés, Madrid, 1908, pp. 153-155.

<sup>3</sup> R. AYERBE-CHAUX, "La apología de Aragón en la *Coronica* de Vagad", pp. 197-214, *Symposium*, Fall 1979. A la amabilidad del profesor Ayerbe-Chaux debo el conocimiento de la *Coronica*.

<sup>4</sup> F. LATASSA, *Biblioteca antigua y nueva de escritores aragoneses, aumentada y refundida por M. Gómez Uriel*, t. III, Zaragoza, 1886. R. del ARCO y GARAY, en *Repertorio de manuscritos referentes a la historia de Aragón*, Madrid, 1942, p. 328, refiere que el fol. 309 (del vol. II) de los apuntamientos que Latassa preparó para su *Biblioteca* y que no publicó tiene por título "Apuntaciones sobre el cronista de Aragón Fabricio de Vagad"; no he tenido ocasión de leerlas.

<sup>5</sup> Fol. CLVII.

<sup>6</sup> Nos lo dice él mismo en las primeras líneas del preámbulo.

Juan II y de la castellana Avellaneda y, por tanto, hermano bastardo del Rey Católico. El arzobispo, figura política importante y respetada en el reino, llegó a ser en 1461 lugarteniente general de Aragón; su prolongada actividad castrense al frente de tropas debió dar ocasión al portaestandarte Vagad para acompañarle, ondeando la enseña, a tierras de Tortosa (1463), a Gerona (1467), a Tudela (1470), etc. Don Juan de Aragón murió en 1475<sup>7</sup>.

Con anterioridad a esta fecha, Vagad había sido nombrado cronista oficial del príncipe Fernando; el documento que lo acredita fue emitido por éste en Tarragona, el 14 de julio de 1466<sup>8</sup>; pero, quizá, la actividad militar propia del quehacer y tráfigo de abanderado no favoreció su producción histórica, ya que nada se conoce —es decir, nada conozco— que redactara *ex officio* después de su nombramiento. Ahora bien, el cronista era, además, poeta y, desde esa doble capacidad, escribió un poema en aragonés titulado «Lo coronista de Senyor Princep Don Fernando, per Barcelona», con motivo de la reunión del Católico con su padre, Juan II, en Pedralbes (julio-agosto de 1472), donde el monarca tenía asentado el real para atacar Barcelona. Vagad exhorta a la ciudad catalana a recibir al príncipe, a quien, con certera visión de futuro, describe como:

*quien del poniente será l'imperante*

y también, y en el tono ditirámico que le caracteriza:

*aquel que del mundo se espera monarca*

y a quien intima gozoso:

*Catat que soys l'ave de toda l'Auropa*<sup>9</sup>.

En las páginas 692-706 del volumen segundo del *Cancionero Castellano del siglo XV* (Madrid, 1915) reproduce R. Foulché-Delbosc un razonamiento poético de fray Gauberte. Aunque no proporciona ninguna otra información sobre el autor, no tengo duda de que el texto es de Vagad; el argumento y su desarrollo, la contraposición monje/caballero, la referencia clásica, el tono moralizante, abarrocado, y el léxico vienen marcados por el sello vagadiano. La composición consta de 197 coplas de pie quebrado —a lo Jorge Manri-

<sup>7</sup> A. CANELLAS LÓPEZ, "El reino de Aragón en el siglo xv (1410-1479)", p. 573, en *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, t. XV, Madrid, Espasa-Calpe, 1970.

<sup>8</sup> A. CANELLAS, o. c., p. 587.

<sup>9</sup> R. Menéndez Pidal CLXI, prólogo a la obra citada en nota 7. Además, A. CANELLAS, o. c., p. 587, con la nota 18, p. 592. Véase también R. B. TATE, *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid, Gredos, 1970, p. 269, nota. Creo que Tate está equivocado.

que— que, con frecuencia, alcanzan armonía interna, sonoridad y finura de pensamiento. Por ejemplo:

*Yo en el pecho del maestro  
fallo thesoro infinito  
de dulçura;  
vos en valle tan siniestro  
estays fambriento, marchito  
de angostura.*

O esta otra:

*Nunca el dragon ponçoñoso  
veys que mate los dragones  
de su mena;  
el hombre crudo, espantoso,  
mata sus mismas naciones  
e encadena.*

Fray Gauberte Fabricio es uno de los poetas incluidos, junto a Pérez Guzmán, Juan de Mena, Jorge Manrique, etc., en el *Cancionero de Ramón de Llavía*, impreso en Zaragoza antes de la *Coronica*. La mayor parte de las poesías son de carácter ascético.

Su *undercurrent* poético aflora también en la primera página de la *Coronica*, que termina con diez versos mnemotécnicos que traban los nombres de los reyes de Aragón. Mucho más extensa es una crónica en verso que, a ritmo lento y carente de plectro, renquea a lo largo de 208 quintillas que escorzan los reyes de la casa de Aragón, desde la llegada del árabe hasta Carlos de Viana. El poema ha sido analizado y publicado recientemente<sup>10</sup>; en él alude —verso 100— a otras «historias» que ha escrito, pudiéndose referir a apuntes tomados, a papeles ya escritos o a una primera versión o borrador de la *Coronica*.

La biografía de Vagad es todavía más compleja y polifacética; he apuntado cómo de portaestandarte del arzobispo zaragozano pasó a portavoz mayor y poeta menor del infante; pero ni el ejército, ni la poesía, ni el príncipe, ni la cronografía debieron absorber la dinamicidad interior de su persona, porque más tarde, y en fecha desconocida, añade una nota más, y esta vez indeleble, al conjunto de sus particularidades o ficha antropológica: pasa al servicio de la realeza divina vistiendo el hábito del Císter. En el preámbulo de la *Coronica* se define a sí mismo como «moge de sant Bernardo y expssa-

<sup>10</sup> R. B. TATE, o. c., pp. 269 y ss.; apéndice III, pp. 304-340. En el *Cancionero*, de Ramón de Llavía, impreso en Zaragoza algunos años antes que la *Coronica*, aparecen versos del poeta Fr. Gauberte Fabricio de Vagad, según M. MENÉNDEZ PELAYO, *Antología de poetas líricos castellanos*, Madrid, C.S.I.C., 1944, p. 46.

mete p fesso en el sancto y deuoto moesterio de sca maria de Sacta fe», frase que vuelve a repetir en el colofón de la obra. De esta ermita-monasterio, que estaba situada a las afueras de Zaragoza, pasó fray Gauberte Fabricio, según Nicolás Antonio <sup>11</sup>, al monasterio de San Juan de la Peña. Aunque ignorásemos este giro religioso en su vida, la lectura de la *Coronica* nos sugiere con prodigalidad que las páginas están escritas en y desde una celda monacal, no sólo bajo el signo de la espada, sino también a la sombra de la cruz.

En 1495, el arzobispo de Zaragoza, Alonso de Aragón, diputado, recabó para el monje Vagad el nombramiento de cronista oficial del reino <sup>12</sup>. Fray Gauberte da algún detalle más, encuadrándolo en cierta verosímil atmósfera: un reducido número de diputados debieron de reunirse varias veces y sopesar su obligación de «procurar la honra: fama y gloria: y publico beneficio del reyno». Determinaron, en consecuencia, «sacar de las manos del ingrato y rebelde olvido: la gloriosa memoria de los tantos: y tan virtuosos fechos de nros illustres antecessores. y ponerlos ante los ojos de todos los presentes y venideros». Conocemos, afortunadamente, los nombres de los próceres que así razonan con el arzobispo: «miçer Ferrer raz reuerendo archidiano de Huesca: los muy nobles y espectables caballeros don Luys de yxar conde de Belchild: y don Phelipe de castro: vizconde de illa. y los magnificos y generosos mossen Beringuel de bardaxin: y Fernando de bolea y Galloz primero inuentor desta magnifica empresa: y el egregio doctor miçer Martin de la raga: y el magnifico ciudadano de jaca Martin de rayca: diputados del reyno de Aragón». Todos ellos requieren, encargan y ruegan formalmente «al venerable padre do fray Gauberte monge de sancta Fe ... que se dispusiese a cumplir nuestro tan justo y ta noble desseo». Vagad respondió, agradecido, diciendo que «lo recibía en señalada merced» <sup>13</sup>.

El noble Fernando Bolea y Galloz, principal impulsor de concienciación aragonesista, fue mayordomo mayor de Carlos de Viana, hombre de Estado, escritor y poeta afamado; a este prócer dedicó Vagad la historia de los reyes de Aragón en quintillas. Dormer, refiriéndose a él y a su nieto Gerónimo de Bolea, escribe: «y fue en los Cavalleros de esta Casa, como herencia el cuydado, y estudio de la conservación de las cosas públicas, que eran dignas de memoria»; y líneas más abajo: «hereditaria es en esta ilustrísima familia, la aplicación á la historia» <sup>14</sup>. Berenguer de Bardají perteneció a una respetada familia de nobles y afamados jurisperitos; fue armado caballero, juntamente con el vizconde Felipe de Castro, por Juan II <sup>15</sup>. Este último, activo capitán en el Ampurdán, pacificador y guerrero, miembro del partido vianista con Fernando de Bolea, defendió la frontera aragonesa y las libertades del reino

<sup>11</sup> Citado por R. AYERBE-CHAUX, o. c., p. 197.

<sup>12</sup> F. A. de USTARROZ y D. J. DORMER, *Progresos de la historia de Aragón*, páginas 68-69, Zaragoza, 1878.

<sup>13</sup> Prólogo segundo.

<sup>14</sup> USTARROZ y DORMER, o. c., p. 68.

<sup>15</sup> A. CANELLAS, o. c., p. 445.

frente a los leridanos <sup>16</sup>. El noble Luis de Híjar, conde de Belchite, fue camarlengo del príncipe Fernando; Ferrez Raz y el abogado Martín de la Raga, que glosó los Fueros de Aragón, eran *hommes de lettres*. Todo este conjunto de magnates, miembros de Casas que pesan en la historia del reino, quieren perpetuar las gestas aragonesas y estiman que las palabras de Vagad arrancarán del silencio del pasado las hazañas de los linajes que confluyen en ellos y las fijarán en el presente perdurable de una crónica, aprovechando la reciente y maravillosa invención de la imprenta.

Ahora bien, este movimiento elitista de concienciación histórica aragonesa no hace sino añadir fuertes brochazos de color a un espectro bastante más amplio. Efectivamente, Zaragoza es, en la segunda mitad del siglo xv, el centro de una extraordinaria erudición y creación literario-artística. Mecenas prominente de este renacimiento cultural es el arzobispo de la ciudad, Alonso de Aragón (1470-1520), hijo natural del príncipe Fernando y de Aldonza Roch; a los quince años, en septiembre de 1485, demostró su prudencia y tacto saliendo a caballo por la ciudad para calmar los ánimos de los zaragozanos, nada más conocerse el asesinato del inquisidor Pedro Arbués. Fue, además, abad de los monasterios —con enriquecidas bibliotecas— de Montearagón, Rueda y San Victorián; hizo legados, fundó Raciones y Capellanías «para personas industriosas» <sup>17</sup> y transformó la catedral de La Seo o del Salvador <sup>18</sup>; escribió, ordenó y publicó epístolas, sínodos, *Ordinaciones de la Diputación del Reino de Aragón* (1495), etc. Se ordenó presbítero en el monasterio bernardo de Santa Fe, residencia de Vagad, y fue, según Dormer <sup>19</sup>, el que solicitó, obtuvo el nombramiento y encomendó a fray Gauberte «se pudiese forma en la historia de este reino y para que no le faltasen papeles y documentos escritos, escribió con dichos diputados al abad de San Juan de la Peña D. Francisco Casis, pidiéndole las crónicas y escrituras tocantes á las conquistas que se hallasen en su archivo para copiarlas, y sacar de ellas una buena y general historia; y deseando que este escrito tuviera la solidez y verdad que era lo justo, como obra pública dispuesta por un reino, hizo también que reconociese los archivos de Montearagón, San Victorián y Poblete, sin cuya diligencia no era posible formarse su obra».

Otro de los protegidos del arzobispo fue el humanista Lucio Marineo Sículo —a quien Fernando el Católico había anteriormente requerido para que narrase la biografía de Juan II—, como prueban las cartas entre el siciliano y el prelado <sup>20</sup>; aquél solicita de éste que recomiende su obra al rey. Es de nuevo Dormer el que nos da mayor información: «Dispuso asimismo el Arzobispo D. Alonso de Aragón con los diputados del año 1508 ... que hi-

<sup>16</sup> A. CANELLA, o. c., p. 501, y nota.

<sup>17</sup> F. LATASSA, o. c., p. 117.

<sup>18</sup> Federico B. TORRALBA, *Nueva guía artístico-monumental de Aragón*, p. 167, León, 1979.

<sup>19</sup> USTARROZ y DORMER, o. c., pp. 68-69.

<sup>20</sup> R. B. TATE, o. c., p. 250.

ciesen perfeccionar y publicar á Lúcio Marineo el feliz principio y sucesión de nuestros Reyes, que se guardaba con muy buen ornato en el archivo de la Diputación»<sup>21</sup>. Marineo, que trata a los escritores hispanos de bárbaros e incultos, insertó en siete libros de su obra *De Rebus Hispaniae Memorabilibus Opus* la biografía de Juan II; pues bien, esa biografía, celebrada posteriormente como dechado de literatura renacentista, es un traslado o reproducción de la biografía escrita por otro zaragozano: el judío Gonzalo García de Santa María<sup>22</sup>.

Micer Gonzalo García (1447-1521), doctor en derechos, traductor, compilador, biógrafo, historiador, erudito hacendado, jurista y asesor en el Consejo del Justicia de Aragón Juan de Lanuza y jurado en Zaragoza, fue invitado personalmente por Fernando a biografiar las andanzas de su padre, Juan II. Gonzalo, asiduo a tertulias literarias, fue el que indujo al impresor Hurus a que permaneciese con su taller en Zaragoza. Su pasión por los libros le llevó a adquirirlos y coleccionarlos, llegando a valer el repertorio que había allegado mil florines en oro antes de instalarse la imprenta en la ciudad. Consciente de su valor, no los vende; los lega todos a su nieto. Esta biblioteca constituye el conjunto mayor de libros reunidos por un humanista y letrado del siglo xv. Extraordinaria era también la biblioteca de su amigo Pedro Tolón, limosnero del arzobispo de Zaragoza<sup>23</sup>. En la del primero abundan manuscritos en griego y latín, precisamente los clásicos que con tanta profusión cita su amigo Vagad en la *Coronica*. Escribió, entre otras obras, «el arbol de la sucession de los reyes de Aragon», sirviéndose del material de Vagad<sup>24</sup>, y actuó como editor y corrector de los *Fori Aragonum tan antiqui quam nouissimi* (Hurus, 1496). Fray Gauberte cita expresamente su nombre como aval en el colofón de su historia cronicada, ya que ésta ha sido «reconocida: y en algo esaminada por el magnifico y egregio doctor micer Gonçalo garcia de sancta maria». Latassa, que da más información, afirma, siguiendo a Blasco de Lanuza, que Gonzalo «con permiso de su mujer se hizo Cartujo».

He mencionado antes los manuscritos griegos y latinos de la biblioteca sin par de micer G. García de Santa María; pero, en realidad, el sabor de la antigüedad clásica era degustado por un más amplio sector local. Mosén Gonzalo de la Caballería vertió al español los libros de Cicerón sobre los oficios y de la amistad, y el manuscrito lo dedicó a los «Jurados Capitol é Consejo de la Ciudad de Zaragoza»<sup>25</sup>. P. Hurus publicó en Zaragoza (1492) las primeras traducciones de Aristóteles y de Esopo (1489), de la *Conjuración de Catilina*, de la *Guerra de Yugurta*, de Salustio (1493), y de las *Epístolas* de

<sup>21</sup> Página 69.

<sup>22</sup> R. B. Tate, pp. 228-262, especialmente p. 262. Algún dato que sigue sobre Gonzalo viene también en esas páginas.

<sup>23</sup> R. B. TATE, o. c., p. 219.

<sup>24</sup> R. B. TATE, o. c., p. 223.

<sup>25</sup> F. LATASSA, o. c.; léase su nombre.

Séneca (1496). Hurus estampó también en Zaragoza la primera edición española de *Las mujeres ilustres* (1494), de Boccaccio<sup>26</sup>. Los cenáculos literarios de la ciudad están siendo impregnados por la ola humanista que irradia de Nápoles. El arzobispo de Zaragoza, Juan de Aragón, de quien Vagad fue alférez, se había educado en la Corte napolitana de su tío Alfonso V; Lope Ximénez de Urrea fue virrey de Nápoles y lugarteniente general de Sicilia<sup>27</sup>, y Martín de Lanuza —ambos prohombres aragoneses— dirigía la armería real en aquella ciudad italiana. También en Nápoles, «trattavano la penna e la spada»<sup>28</sup> los aragoneses Juan de Moncayo, Juan de Sesé, Hugo de Urriés, Pedro Ximénez de Urrea, Juan Fernández de Híjar, García de Borja, Pedro Cuello y Pedro de Santa Fe, letrados, diplomáticos, embajadores y poetas, guerreros y caballeros galantes, relacionados con los humanistas locales. El mismo Vagad estuvo en Italia, en Matua concretamente (1459), pues dice<sup>29</sup> haber oído personalmente al Papa Pío II alabar al rey de Aragón, Alfonso V. Por último, completa y robustece el puente Zaragoza-Nápoles el trasiego de un cierto número de comerciantes aragoneses que acompañan al Magnánimo; mientras que sus conocidos y parientes declaman versos o desenvainan espadas, ellos hacen sonar monedas que más tarde se truecan en fundaciones, retablos, orfebrería y palacios zaragozanos del *quattrocento*<sup>30</sup>.

Vagad, por otra parte, capta y recoge, al vivir en Zaragoza, el dinamismo del pasado, la tradición en activo. El mismo nos cuenta con qué intensidad y dilección trabajó en la historia de su «nación»<sup>31</sup>, cómo viaja por monasterios, cómo lee y obtiene copias de crónicas, consulta archivos y recoge documentos. De su esfuerzo y dedicación no se puede dudar sencillamente porque cita, en numerosas ocasiones, hasta una veintena de crónicas; pero no es mi intención sopesar en esta presentación las fuentes que utiliza desde una perspectiva crítico-histórica, sino registrar el contexto y *Zeitgeist* cesaraugustano que penetra y satura las páginas de la *Coronica*. Vagad conoce de primera mano y ha valorado altamente para su empresa un conjunto coherente de pequeñas obras de juriconsultos zaragozanos que, desde hace más de una centuria, han compilado, desarrollado y realzado instituciones de raigambre local, actitudes vitales y verdades morales esenciales, todas ellas consideradas específicas del *homo aragonensis*. Me refiero, fundamentalmente, a las obras del cuarteto

<sup>26</sup> M. D. PEDRAZA PRADES y M. MORALEJO ALVAREZ, *Breve revisión histórica del libro impreso en Aragón*, pp. 33-58, que aparece en *II Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón*, Zaragoza, 1980.

<sup>27</sup> B. CROCE, *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*. Bari, cuarta edición, p. 41, 1949, y A. CANELLAS, o. c., p. 573.

<sup>28</sup> B. CROCE, o. c., pp. 46-47.

<sup>29</sup> Fol. CLXXVII. En la comparación que hace entre Roma y Zaragoza en el prólogo tercero insinúa que conoce *de visu* la ciudad eterna.

<sup>30</sup> A. CANELLAS, o. c., p. 414. Vagad dedica varias líneas en el prólogo tercero a los "magníficos templos", "costosas moradas", "nuevas calles" y "caudalosas casas" que están construyendo en Zaragoza.

<sup>31</sup> Así pretende, confiesa, "pagar la gran deuda q deuo a mi naturaleza y nacio", fol. LXXXVIII.



formado por los juristas e historiadores Martín de Sagarra (*Observantiae*, segunda mitad del siglo XIV?), Juan Jiménez Cerdán (*Letra intimada*, 1436), Martín Díaz Daux —o de Aux— (*Observantiae*, 1437) y Antich de Bages (*Glossa de Observantiis Regni Aragonum*, hacia 1440)<sup>32</sup>; a estos dos últimos los debió de conocer fray Gauberte Fabricio personalmente. Sus escritos e ideas sobre Aragón se transparentan —reelaborados y magnificados— en la *Coronica* cuando Vagad traza los orígenes de los reyes y del Justicia, al describir los fueros, costumbres y libertades de los aragoneses, y cuando elucubra sobre la naturaleza poliárquica y organización política del reino aragonés. En la reproducción del pasado que sintetiza Vagad confluyen, desde luego, sus experiencias de alferez y claustral bernardo, como también las crónicas que copia y contrasta, su inclinación a la lectura de manuscritos clásicos y la élite de amigos zaragozanos diputados, humanistas, historiadores y juriconsultos; pero son, sin duda alguna, las nociones y principios fundamentales, las presunciones tradicionales e ideología plurisecular inherentes a la constitución política aragonesa, más la reactivación de esas vivencias en la Zaragoza finisecular, los elementos esenciales que trenzan la filosofía de la *Coronica*. Y la imaginación y patriotismo del autor.

Al entregar Vagad el manuscrito de la historia de Aragón, no sólo obtuvo la aprobación y reconocimiento por historiadores como García de Santa María y G. Manente —letrado, erudito, versado en latín, escritor aragonesista—, sino que la obra fue, además, «tan autorizada por el rey nuestro señor: q mando a los diputados q añadiesen en el salario q assignado me houieran q diessen algo más: porq para segu q le agradaua: mucho mas sele mereçcia de qnto ellos assignara. Co el favor pues de rey tan alto: y aprouacio de tales doctores osara ... pareçer sin temor esta historia»<sup>33</sup>. Pero esta satisfacción personal y apreciación inicial favorable contrasta con la estridencia de un coro retinglado por la crítica histórica posterior; excepto fray Gerónimo de San José, algún cisterciense partidista, Latassa, Juan Marillo y, hasta cierto punto, G. Cirot<sup>34</sup>, los historiógrafos han fustigado la obra con violencia al enjuiciarla con rígidos y modernos cánones históricos. Los italianos, heridos en su italianidad, han castigado a Vagad con adjetivación colorista: «insanus quidam, nescio cuius ordinis aut pecoris monachus; Gothus aut Poenus aut proselytus, profa-

<sup>32</sup> Vagad nombra en una ocasión, fol. CXLVII, a Jiménez Cerdán y a Díaz Daux, y sigue de cerca a Sagarra y Bages. R. E. GIESEY, *If not, not. The Oath of the Aragonese and the Legendary Laws of Sobrabe*, Princeton, U. P., 1968, cap. IV, páginas 64-101, y Jerónimo BLANCAS, *Comentarios de las cosas de Aragón*, cito por la impresión de Zaragoza en 1878, pp. 268 y ss., 411, 443-446, 451-454, informan sobre todos ellos.

<sup>33</sup> Prólogo primero.

<sup>34</sup> Para la evaluación de Vagad, además de R. B. Tate y R. B. Giesey, ya citados, puede consultarse Latassa y Ayerbe-Chaux, también citados. G. Cirot lo considera precursor de Mariana en *Etudes sur l'historiographie espagnole. Les histoires générales d'Espagne entre Alphonse X et Philippe II, 1284-1556*, Burdeos y París, 1905 pp. 56-61.

nus, barbarus hostis Italiae; chronistes maior ipse (sic enim se ipsum, sed ego cornisten appello) celtiber; bestia, vitio gentis, arrogantissima; tam ineruditus quam inflatus superbia gothica»<sup>35</sup>. Croce mismo no se muestra libre del *chauvinisme* de que acusa a fray Gauberte: «libro puerile senza dubbio, censurato, poi dagli stessi saggnuoli (ma piú che per altro, forse, per l'angusto nazionalismo aragoneses dell'autore)», escribe; pero, percatándose también de algunos perfiles notables del libro, continúa: «e tuttavia assai significante come manifestazione del sentire commune della Spagna in quegli anni»<sup>36</sup>. E. Fueter le dedica menos de una docena de líneas y crítica la narración por sus «largas y banales arengas»<sup>37</sup>. Sánchez Alonso denuncia «el gusto del autor por las loas hiperbólicas, expuestas con irrefrenada verbosidad»; le desagrada, asimismo, «la vehemencia con que se apasiona por unos y denigra a otros»<sup>38</sup>. Por último, cree que «la lectura resulta enojosísima, habiendo de hallar las ideas diluidas en largos párrafos, que recuerdan con frecuencia la peor literatura de nuestro siglo XVII», y termina con sensibilidad de historiador positivista: «En cuanto a las noticias, abundan los errores y sobre todo las falsas apreciaciones»<sup>39</sup>.

Ciertamente que, desde la actual perspectiva histórica, la lectura de la *Coronica* produce extrañeza; pocos historiadores la considerarían hoy como fuente objetiva de los acontecimientos históricos que narra; no tiene sentido exigirle lo que, obviamente, no puede entregar. Pero, por otra parte, ninguno de los autores citados ha realizado un estudio crítico serio de Vagad, si exceptuamos a Tate y Giesey, quienes, no obstante, siguen evaluando al cisterciense como historiador —amanuense de *res gestae*—; sólo Ayerbe-Chaux ha sabido realmente captar la clave del libro: la explosión de aragonesismo que a borbotones mana de la *Coronica*. La actitud débilmente histórica de Vagad no sólo tiene una muy histórica justificación, sino que, además, al conferir un sentido aragonesista al pasado, hace historia de la historia y aporta excelente material para una lectura antropológica de la obra. Una monografía histórica —conviene no olvidar— puede ser precientífica y sobreabundar, en contrapartida remuneradora, en hondo testimonio humano; puede ser densamente significativa sin ser verídica; su importancia no siempre, ni necesariamente, viene determinada por la objetividad del relato; las imágenes e ideas sumergidas, la subjetiva articulación de problemas humanos, el vocabulario y recursos literarios seleccionados en un momento o composición deter-

<sup>35</sup> B. CROCE, o. c., pp. 115-116.

<sup>36</sup> B. CROCE, o. c., p. 107.

<sup>37</sup> E. FUETER, *Historia de la Historiografía moderna*, I, Buenos Aires, Nova, página 259, 1953.

<sup>38</sup> B. SÁNCHEZ ALONSO, *Historia de la Historiografía española*, I, Madrid, página 387, 1947.

<sup>39</sup> B. SÁNCHEZ ALONSO o. c., p. 388. Bien conocido es el desprecio del bachiller Juan de Molina por la historia de Fr. Gauberte y también el juicio negativo de M. MENÉNDEZ PELAYO, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, vol. V, página 309, Madrid, C.S.I.C., 1942.

minada nos conducen directamente al núcleo argumental de un período, a la dinámica creación y estratificada participación en su cultura.

Las páginas que siguen no pretenden en manera alguna historiar críticamente la *Coronica* del monje del Císter; mi acercamiento y perspectiva son diferentes. Partiendo de los ejes principales en torno a los cuales se estructura la obra, voy a leer antropológicamente varias de sus capas o estratos, subrayando no tanto lo que el autor dice como lo que quiere decir; esto es, voy a prestar atención, más que al contenido, al mensaje, a la manipulación vagadiana de los textos del pasado. Ahora como entonces, y como siempre, el presente estimula el pensamiento, la estructuración e interpretación del suceso remoto, de lo que fue el tiempo caducado. Mi inclinación a observar la dinamicidad del presente hispano me ha alertado a curiosear la naturaleza de la efervescente identidad regional, lo que, a su vez, puso en mis manos la *Coronica* de Vagad, exactamente lo que le ocurrió a él hace quinientos años. El tiempo del antropólogo no marida bien con el del historiador, ni el espacio del primero coincide siempre con el del segundo; aquél fija su retículo en los datos en tanto en cuanto son espejo, dobles o eco de algo diferente o extraño; investiga tiempos primigenios, de formación, la leyenda etiológica, los mitos de origen; penetra en espacios y momentos milagrosos, elucida tradiciones voceadoras de maravillas. Los sucesos y acontecimientos históricos son, fundamentalmente para nosotros, el escenario en el que se representan, con frecuencia en forma de drama, ideas, valores y creencias, los deseos y las frustraciones de los autores; sobre la palabra —*mot à toutes fins*— y sobre el texto —irisado en niveles que simultáneamente sugieren y revelan, presentan, ocultan, dicen y significan— se erige todo un edificio de símbolos y mitos, de imágenes y alegorías; se alza una arquitectura de representaciones que, además de procurar el deleite del antropólogo, sobrevuela los estrechos conceptos de veracidad, objetividad y realidad congruentes con las proposiciones cognitivas y con el significado referencial y pragmático. Al hilo de las páginas de Vagad voy a intentar hacer otra historia, la historia que vivimos ahora.

## II

La historia de Vagad es un depósito de sedimentos heterogéneos idiosincrónicamente refundidos, con el fin primordial de incitar al asombro ante las proezas y sabiduría política de los aragoneses. El primer estrato lo forman casi una veintena de crónicas que maneja con libertad, unos pocos instrumentos públicos y algún documento que cita. Las crónicas de Aragón, San Victorián, Poblet, Pedro IV, Flor del Mundo y mosén Pere Tomich parecen ser sus favoritas. El léxico en polaridad y el estilo gótico, artificioso, muy culto pero amanerado, constituyen la segunda capa. Fray Gauberte poseía

una erudición nada común, extraordinaria; Hesíodo, Suetonio, Julio César, Lactancio, Catón, Demóstenes, Virgilio, Homero, Juvenal, Séneca, etc., son una parte nada más de su opulento equipo cultural. Se encuentra a su gusto con Plinio y Tito Livio, se sirve de Cicerón y de Tácito, glosa a Platón y Aristóteles, se mueve con soltura entre Ovidio y Quintiliano y domina la mitología clásica. En Agustín, Jerónimo y Ambrosio encuentra todo un arsenal de noticias, símiles y argumentos con los que eslabona el presente y los plurales pasados del pasado; su imagística clásica proporciona una sorprendente galería de analogías: un caballero aragonés se eleva, en semántica ecuación, a Licurgo o a Héctor, y el rey de Aragón, otro Alejandro o César, reina en esta y en la otra vida. Por último, la peculiar exégesis vagadiana de crónicas y el uso emotivo de documentos es un *jeu d'esprit* arrogante, provocativo y monótono, pero siempre, también, sugerente y revelador, que hace de la *Coronica* no una objetiva sucesión de datos para el historiador, sino una estructura mítico-pasional para el antropólogo, quien elucida no tanto el *verum* cuanto el *significatum*. Este es el tercer y muy complejo nivel, o, mejor, ingrediente simultáneo, de la historia. Voy a tocar ligeramente cada una de estas dimensiones.

Apadrinado por preladados, abades y diputados, el historiador oficial Vagad consiguió crónicas de monasterios, tuvo acceso a bibliotecas, copió manuscritos y visitó los reales archivos de Barcelona<sup>40</sup>. Las citas que prodiga demuestran que leyó en profundidad y extensión; en la reflexión a que a veces somete a los documentos aparece el crítico escolástico que desmenuza y conjetura con riesgo inservible. Ante un hecho u opinión narrados en una crónica arguye: «mas no se me assienta ni trae razon tal parecer..., mas es mas de creer»<sup>41</sup>; «la hystoria no lo padece»<sup>42</sup>; «assi lo dicta la misma razon»<sup>43</sup>. No obstante esas frecuentes apelaciones a la logicidad, su razonamiento es fundamentalmente prolijo y erístico. He aquí una muestra. Las crónicas refieren, escribe nuestro autor<sup>44</sup>, que «el prícipe de Aragon co su casa» acudió a reforzar el sitio de Almería, que había iniciado el rey castellano. El asalto y la entrada en la ciudad fue, naturalmente, obra del aragonés, quien con «solos cinquenta y dos caualleros» venció a la morisma, «q serian veynte mil moros o mas». ¿Es posible tal desproporción en tal hazaña? Escudriñemos, invitados por Vagad, la intención semántica del relato: «como quier: q parezca sobrado: y que razo lo desdize: sacada mas de lo viuio la intincio dela letra: consiete lo el juyzio». ¿Cómo? De esta manera: en Castilla llaman caballero a cualquiera de a caballo; pero no así entre nosotros, en la Corona aragonesa, ya que ese título se otorga sólo «a varon caualleroso y que goze de titulo de horra y oficio de caualleria. y desta

<sup>40</sup> Fols. LIII, LVII, CXXXII.

<sup>41</sup> Fol. CXXXIII.

<sup>42</sup> Fol. XXX.

<sup>43</sup> Fol. XXXIXr.

<sup>44</sup> Fol. LVIIIr.

menera cauallero se llama el q es ta puesto en horra de caualleria: que puede matener o matiene gentes de cauallo, no digo quatro: no cico: mas quize o veynte». «Opinion razonable» es que el príncipe llevaría setecientos o mil de a caballo, e incluso, «segund razon lo consiente», mil, dos mil o más caballeros. La disonancia mental inicial se disuelve en «verdad razonable» que, a su vez, asegura Vagad, «faze mas vdadero aqueste mi parecer». Y su parecer revela su deseo: resaltar el mayor brío y nobleza de los aragoneses frente a los castellanos.

Esta pieza de ingenuo e inseguro raciocinio pone en relieve la incauta credulidad del monje bernardo: las antiguas crónicas, sus detalles, números y anécdotas, signos, milagros y visiones<sup>45</sup>, las tradiciones y leyendas —aun las más inverosímiles<sup>46</sup>— que recopilan, son objetivas y verdaderas siempre que entonen las glorias de Aragón y las hazañas de sus hombres. Nuestros cronistas, reitera *ad nauseam*, son pocos y perezosos, mudos adjetivando e indolentes, parcos en aclamación y encomio de nuestras gestas y héroes<sup>47</sup>; por consiguiente, cuando alguna rara vez los cronistas castellanos —que siempre nos postergan y disminuyen— nos ensalzan, verdad dicen.

Vagad no inventa maliciosamente; todo el material básico lo encuentra en las viejas crónicas; lee, cree, embellece y magnifica siempre que el relato original sea congruente con su visión aragonesista de la historia; no es que cante en discordia con los cronistas antepasados o contemporáneos igualmente crédulos, sino que su ensordecedora y machacona voz anula a las demás; es cuestión de grado, supremo en el fraile del Císter. En todo caso, dio a su tiempo y pueblo (élite) lo que éste esperaba y deseaba. Comenzaremos a entender el sesgo localista de la *Coronica* si partimos de la experiencia de vida[s] y morada mental de su autor. Fray Gauberte se siente aragonés, «de la misma cepa del riñón de la naturaleza de la patria de Aragon»; esta sensibilidad y actitud son algo consustanciales —cree— a todo bien nacido, algo inherente y natural, y «de lo natural y ta puesto en las entrañas del hombre: ninguo defender se puede: salvo el desnaturalado: desconcertado y del todo descompuesto». Ahora bien, Vagad no espera que todo aragonés, por el mero hecho de su geográfico nacimiento, asuma la responsabilidad local cívica y deuda adquirida con su patria; esto es más bien propio de la élite, hay que esperarlo de los caballeros y de «los principales diputados del reyno mucho mas», porque, continúa, «representamos el mando y poder de aquel: y somos instituydos para poner siempre delante: y procurar la honra: fama y gloria: y publico beneficio dl reyno: y mayor procurar no le podemos: que sacar de las manos del ingrato y rebelde olvido: la gloriosa memoria delos

<sup>45</sup> Prólogo segundo, fols. XVII, XXXIIIr, XLVIIIr, etc.

<sup>46</sup> Fols. XVIIIss, XXss. Esta leyenda épica, probablemente de origen partidista aragonés, pasa a la crónica de Alfonso el Sabio, a la Najerense y a la crónica de 1344. No es fantasía de Vagad; se limita a crearla porque presta honorabilidad a Aragón.

<sup>47</sup> Fols. XIII, XLVIII, etc., porque la lista es interminable.

tantos: y tan virtuosos fechos de nros illustres antecessores»<sup>48</sup>. Partiendo de esta muy franca y espontánea enunciación de intenciones y fines tan precisos, nada más heurístico para Vagad que operar emotivamente sobre la plasticidad del pasado y recrearlo desde su vivencia intencional del presente. Es, después de todo, lo que venían haciendo los castellanos; las circunstancias le estaban provocando.

Efectivamente: Vagad, guardián de Aragón, no pudo menos que haber observado la preparación de la representación castellana que actuó en el Concilio de Basilea, ya que un monje de su misma orden cisterciense vino de aquella ciudad con cartas de convocatoria para presionar a los castellanos a su participación. La delegación castellana, que viajó y se presentó como *nación*, partió ostentadamente con cien cabalgaduras y entró solemnemente en Basilea en 1434. Muy pronto se suscitó una cuestión protocolaria sobre el orden de precedencia: la *nación* castellana exigía sentarse inmediatamente después de los franceses, en la nave derecha de la iglesia catedral, concretamente en el lugar ocupado por los ingleses, a lo que éstos simplemente se negaron. Los castellanos siguieron presionando por su puesto honorífico hasta noviembre de 1435, en que intentaron por la fuerza desalojar a los ingleses. En 1436, los castellanos lograron satisfacer su puntillo honroso. Alfonso García de Santa María (pariente de nuestro micer Gonzalo) había presentado el caso ante el Concilio en un discurso en latín pronunciado en septiembre de 1434; parte del argumento pasó después, en castellano, a su *Anacephaleosis*<sup>49</sup>.

El argumento, resumido, es el siguiente: la monarquía castellana es más antigua que la inglesa; de su anterioridad se infiere su precedencia. El reino castellano es el más antiguo de la Península (incluido el portugués) y el más importante; la providencia divina ha establecido desde el principio la supremacía castellana porque su casa real viene en línea directa de los godos. Frente a los reinos intra o extrapeninsulares (no alude a Francia), Castilla tiene, por consiguiente, derecho inmemorial a proseguir su política de primacía y de expansión. Para probar estos extremos, el burgalense Alfonso manipula la mitología y transfigura la realidad histórica, sometiéndola hábilmente a fines predeterminados; lo que al sagaz obispo de Burgos importa es proyectar una imagen, presentar su caso y justificar el presente. La historia nacionalista que entreteje forzando el pasado legitima la actuación de Castilla en Basilea, en Canarias y en la Península. Pues bien, Vagad en su *Coronica* no hace sino imitar este apologético esquema con intención de activar la concienciación aragonesa, pero, obviamente, invirtiendo la jerarquía alfonsina: en la cumbre de la excelencia ondean las barras de Aragón, no el león ni los castillos.

<sup>48</sup> Prólogo segundo.

<sup>49</sup> R. B. TATE, o. c., pp. 55-73; LUIS SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Los Trastámaras de Castilla y Aragón en el siglo XV (1407-1474)*, pp. 136-139, de la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal, o. c.

En la celda de Vagad se alinean dos bloques de crónicas desacordes, rígidamente jerarquizadas: en el primer conjunto, las descripciones son sobrias, escuetas, y los mensajes, equilibrados, tienden al *understatement*; esta reticencia y reserva se trastrueca en alarde, ostentación y jactancia en el segundo grupo. Las primeras crónicas esencializan las grandes hazañas; las segundas glorifican pequeñas escaramuzas callejeras. Aquéllas relatan sucesos verídicos; éstas reelaboran los sucesos de las generaciones precedentes. Las primeras son —¡naturalmente!— aragonesas; las segundas, castellanas. Únicamente el cronista castellano Fernán Pérez de Guzmán quiebra esa rígida dicotomía: «los castellanos coronistas [escribe fray Gauberte] callan lo ageno: y pone adelante lo suyo. No por cierto: como el bue Fernan peres de guzma lo faze enla obra. que escriuio de los claros varones de España. donde reconoçiedo la gloria del rey do Alfonso de Aragon: que dos vezes vecio alos castellanos. dize q ahu que amiga le sea Castilla. mas q mas amiga le es la verdad. y porede ahun q enojoso le sea las menguas de su patria de hauerlas de screuir q callar no las qere: porq mucho mas obliga la verdad al que es virtuoso: q el propio interesse»<sup>50</sup>. Alcanzan tales quilates la modestia y recato de los historiadores aragoneses que en algunas, aunque contadas, ocasiones tenemos que servirnos de las crónicas castellanas para conocer, estimar y perpetuar las gestas aragonesas<sup>51</sup>. Pero prescindiendo de estos breves casos extremos, la antagónica clasificación vagadiana de las crónicas —aragonesas/castellanas— no sólo aparece obvia y meridiana, sino monótonamente persistente en su *Coronica*.

Las mejores y más fidedignas crónicas, insiste Gauberte, son «las nuestras», es decir, las escritas por los «mas ciertos y finos coronistas» aragoneses, «las mas esmeradas y por mejores hauidas». ¿Cuáles son, concretamente? «Las de Sant Johan de la peña es cierto que son»<sup>52</sup>; la de San Victorián, «la mas autentica, cierta y famosa coronica»<sup>53</sup>, y la «mas atigua y verdadera»<sup>54</sup>; la del caballero catalán Tomiq<sup>55</sup>; las de Poblet o Valclara, «tan antigua y ta verdadera q della dudar no se deue»<sup>56</sup>, y Barcelona<sup>57</sup>. Cuando las crónicas castellanas no concuerden con «las nuestras» en la descripción de acontecimientos o empresas favorables a la exaltación de los aragoneses y menoscabo de castellanos, la regla dorada interpretativa de Vagad es siempre la misma:

<sup>50</sup> Fol. LXXIIr.

<sup>51</sup> Fols. CXXXIX, CXLVI, CLXXr.

<sup>52</sup> Fol. VIII y r.

<sup>53</sup> Fol. XVIr.

<sup>54</sup> Fol. XX.

<sup>55</sup> Fol. VIII y r.

<sup>56</sup> Fol. XXXI.

<sup>57</sup> Fol. XXXVIIIr. Vagad se muestra todavía más sutil y diferenciador al oponer a aragoneses y catalanes. Las crónicas de éstos, a pesar de la notoria desgana con que lo hacen, se han visto forzadas a resaltar el valor y bravura personal de algunos aragoneses; en barroca expresión vagadiana los catalanes no “ha osado callar ni han podido no dezir: ni dexar de pgonar” hazañas de caballeros aragoneses —fol. CXVI.

«por lo comu antes osan y acostumbran dezir demasias [a su favor] los castellanos q los catalanes ni aragoneses»<sup>58</sup>, frase lapidaria, mitad estereotipo, mitad idiosincrática, de la que se infiere la objetividad y veracidad y, por lo tanto, superioridad de «nuestros» hombres y fuentes históricas.

Pero el cisterciense no se conforma con un voluntarioso cotejo discriminatorio de fuentes; su pluma acerada le convierte en un castigador de crónicas castellanas. Citando a Fernán González, escribe: «la coronica desse conde algunas cosas me parece q asienta q saben mas a poesias q a verdades»<sup>59</sup>. Las crónicas castellanas tergiversan los hechos para ocultar la «couardez» de sus caballeros<sup>60</sup>; «osan afirmar» que el rey aragonés cometió sacrilegio en Castilla, algo que «ciertamente no lo sufre razón»<sup>61</sup>. Más aún, los cronistas castellanos bordean con excesiva frecuencia el umbral de la mentira: «y por estas palabras manifiesto se muestra de quan deçebidos. no digo metirosos por no desonestar mi dezir, quedan los coronistas castellanos: que han osado escreuir...». A los que tal escribieron les acusa de «solapar la verdad»<sup>62</sup>. Sus crónicas no son fidedignas; flotan en una plusvalía nacionalista que hay que cercenar. Esas crónicas castellanas, irreales pero connotativas, se oponen a las «nuestras», objetivas pero débiles en signos semióticos significadores; Vagad las elucida, siempre desde su ladera, de forma que las resonancias últimas de ambas se funden y cristalizan en el mismo e invariable mensaje: el pasado y el presente encumbran a Aragón y sus hombres sobre Castilla y los suyos.

La *Coronica* está escrita en español<sup>63</sup>, no en latín, lengua culta preferida entonces por los humanistas; no obstante, en estas páginas de Vagad, erudito que formaba parte del cenáculo humanista zaragozano, afluyen a bocanadas los módulos clásicos grecolatinos. La disposición del material, cadencias, proporción, ritmo, figuras, símiles, alegorías y estilo evocan en eco lejano a Tácito, Tito Livio, Plinio, Cicerón, Justino, César, etc., a quienes nuestro monje cita y copia con soltura. Más importante todavía: las autoridades citadas le imponen, y él acepta sumiso y ufano, el paradigma clásico de la historia. Griegos y romanos conceptualizaron la ciencia histórica no tanto como descripción fáctica de lo sucedido cuanto como realización en el pasado de lo imaginado en el presente; en esta formulación fundamentalmente literaria de la historia priman la elocuencia, la multiplicación de tropos, la elegancia de imágenes y la elevación de sentimientos; los hechos vienen subsumidos y transfigurados por la retórica, el deleite, la enseñanza y el arte. Vagad imita a Tácito en el cotejo casuístico de fuentes, en su tono morali-

<sup>58</sup> Fols. XXXI-r, LVII-r.

<sup>59</sup> Fol. XX.

<sup>60</sup> Fol. CXLIIIr.

<sup>61</sup> Fol. XLVIII.

<sup>62</sup> Fol. LIII.

<sup>63</sup> Con algunos aragonesismos, como, por ejemplo, el frecuente uso todavía vigente en áreas del valle medio del Ebro, de “no cal”, “no cale”, “no calía” (folios XXIIIr CXI); de “herencio” (fol. LXXXIIr), “pubildo” (fols. LXXII, XCVI), “bestiares” (fol. LXXXIX), “barrejar” (fol. CXXIII), etc.



zante y en sus numerosos recursos de expresión; sigue, aunque a distancia, a su preferido modelo, Tito Livio, en su patriotismo, religiosidad y tradicionalismo, y también en su ligereza en el trato de las fuentes; discurrea y racionaliza, además, casi tanto como él. Remedando pobremente a los clásicos, Vagad es un *exornator rerum* más que un narrador de sucesos; se encuentra más a gusto entre palabras e ideales que entre hechos; es más apologista que historiador.

La locución rápida, concisa, feliz y expresiva, el apotegma lapidario, coronan con frecuencia el suceso y condensan la moraleja: «do rige razo la fuerça no cabe»<sup>64</sup>; «lumbrosa es la verdad: y no ama rincones»<sup>65</sup>; «con la frescura: y poco tiento dla moçedad»<sup>66</sup>; «todos sin el se fallaron como sin sombra y favor»<sup>67</sup>; «derribo se en su vejez en amores»<sup>68</sup>; «los engaños que la noche consiete»<sup>69</sup>; «la pesada marchita y doliete vejez»<sup>70</sup>; «la discordia y confusion de los años»<sup>71</sup>; «rauiava de sed de sangre de hermanos»<sup>72</sup>, etc. El uso y abuso del símil, del contraste y de la metáfora, del hipálage y de la metonimia no es neutro, ni mucho menos: van cargados de aragonesismo. ¿Quién se atreve a luchar a cien leguas de su tierra, nada menos que «eñ riñon dla morisma toda»?<sup>73</sup>. Los aragoneses. Obsérvese el logrado efecto arrogante, triunfalista, que remacha la concatenación verbal de esta frase: «Entraro entoces los aragoneses sin ningu empacho en castilla: y estragaro, talaro, dañaro y robaron qnto delante les vino»<sup>74</sup>. ¿Quiénes pueden ser los que «no echaua tiro que no fiziessen carne» y los que «ganaro sin laçada: ni golpe de espada: q no les costo mas que si fuera mugeres»?<sup>75</sup>. Los aragoneses. Notable es la perversión sintáctico-verbal de esta línea: «ya en su espada sintia qua presto los hauia de vencer»<sup>76</sup>, y la creación de movimiento en la siguiente: «mas parecia rayo del cielo eñ derribar quatos topaua que hobre de carne». Frente al rey aragonés, que así siente y actúa, contrasta la pasividad del conde castellano, que, huyendo de la varonil batalla, se fue, nótese la simbolización, «como conejo alcado dl vicio ... digo: donde estaua [la lujuriosa] reyna» castellana. Cuando Vagad escribe: «cargado de vencimietos: fazañas y gloria»<sup>77</sup>, no puede referirse sino a un rey aragonés, Pedro III, en este caso.

<sup>64</sup> Fol. XXVIr.

<sup>65</sup> Fol. LIII.

<sup>66</sup> Fol. CXVIIIr.

<sup>67</sup> Fol. CXVIIIr.

<sup>68</sup> Fol. CXLVIr.

<sup>69</sup> Fol. XXXVr.

<sup>70</sup> Fol. CXLVII.

<sup>71</sup> Fol. XXX.

<sup>72</sup> Fol. XXIXr.

<sup>73</sup> Fol. XLVII.

<sup>74</sup> Fol. CXVIII.

<sup>75</sup> Fols. XLI y XLII.

<sup>76</sup> Fol. XLIIIr, ídem las dos frases siguientes.

<sup>77</sup> Fol. CVIr.

Vagad, sinceramente convencido de la verdad de su mensaje, trata de convencer a sus lectores manipulando fecundos recursos lingüísticos; sus frases con nervio, pluriadjetivadas, intencionalmente machaconas, iterativas, desplegadas en contrastes e implicaciones superpuestos y envolventes, desrealizan los hechos, que pronto quedan muy atrás, olvidados en la penumbra del pasado. Es su significado moral actual lo que cuenta. Por ejemplo: «assi acaecia eneste magnanimo rey don Garcia el tebloso: que siepre que hauia de entrar en batalla: se mouia con tata furia: con tan sobrado feruor y grandeza de coraço y desseo que todo se tomaua a temblar como si de miedo lo fiziesse. y despues de començada la batalla y buelto conlos enemigos peleaua ta recia y ta esforçadamete: que no hauia moro que delate le osasse venir. Parecia mas leon del capo que hobre mortal ta animoso entrau en el fecho que todo lo derribaua y ponía por suelo quato delante le venia. fuyan del los moros como de la muerte. no le osaua ni esperar: ni fallaua alas vezes con quie pelear ta gran miedo le hauia. y quato mas brauo en las armas y en pelear: tanto mas enel couersar benigno cortes: mesurado: y gracioso», etc.<sup>78</sup>. He aquí la descripción del final de una batalla entre castellanos y aragoneses: «mas vecio ala postre la siepre vençedora justicia, la verdad la razón que siempre sale a la luz. quedo siempre la presupción confundida: derribada la soberuia: y corrida la sin razón. Venciole con tanta sobra, y tan denodadamente el bienauenturado rey de Aragón: y truxo le a tan extrema necessidad y afruenta, que houo a desamparar el capo y saltar ala postre encima de un cauallo sin silla: y ahun que del cabestro houo de hazer freno. Valio le al tyrano que supo mejor fuyir que pelear, y mas ferir dela espuela que no de la lança», etc.<sup>79</sup>.

La larga cita —todavía sigue—, como otras muchas que al azar podría amontonar, muestra en acción una superposición cinematográfica de detalles humillantes y de alusiones valorativas y virtuosas. Dos palabras clave, una presente (el rey de Aragón) y otra ausente, ya que ni siquiera se digna nombrarlo explícitamente (el rey castellano), desencadenan, respectivamente, toda una serie de asociaciones: el rey de Aragón es bienaventurado y justo; de su parte están la razón y la verdad; sabe vencer con holgura en el campo de batalla, como corresponde a todo un caballero. La irradiación de palabras del antitético rey castellano no va a la zaga en poder sugeridor: es presuntuoso, soberbio, no tiene razón; sufre una derrota afrentosa, hasta se queda sin caballo y, vergonzosamente, huye. Ese tiranuelo sabe más de la espuela cobarde que de la valiente lanza. De la batalla no ha escrito apenas nada; es simplemente un vehículo de significado y estrategia de descripción: se limita a repartir en estructura binaria dos conjuntos simétricos y opuestos, postura retórica eficazmente persuasiva para realzar a Aragón y denostar a Castilla.

La *Coronica* toda estalla en simetrías, aposiciones descriptivas, contra-

<sup>78</sup> Fol. XX.

<sup>79</sup> Fol. XXXI.

puntos y antítesis que se cierran en pensamiento sintético; forma, tono, tensión e intención configuran la política retórica de Vagad<sup>80</sup>. Las perisologías y epífrasis<sup>81</sup> son otros tantos *ritornellos* certeramente dirigidos a seducir al lector; las prenominales perifrásicas y metonímicas<sup>82</sup> sugieren secreta pero intensamente, crean atmósfera y estados de ánimo. Las numerosas anáforas y anadiplosis<sup>83</sup> generan un formalismo mágico-litúrgico y primitivo que, por parodiar a la concatenación del argumento científico, confieren credibilidad al contenido de las proposiciones. A través de las muy copiosas y exuberantes hipérbolos, epitrocasmos y expoliciones<sup>84</sup>, de las arengas y de la *oratio recta*<sup>85</sup>, Vagad entona el canto fundamental estilístico restituyendo el significado y el valor a una historia creada por la palabra. Si nos fijamos en los tropos y figuras imagísticas que emplea, observaremos que virtualmente todas ellas son formas de orquestación e insistencia, procedimientos de acumulación persuasiva, argumentos exhaustivos, en letanía. Pretendió Vagad la saturación semiológica.

\* \* \*

Nuestro cisterciense no sólo lee en las crónicas el pasado regional; los pergaminos que con tanto escrúpulo examina en su celda vibran con significados latentes, le intiman, declaran, vocean y gritan mensajes que él sabe escuchar y descifrar; acaricia la palabra de las palabras engendradoras de otras y escucha el silencio de las palabras habladoras, su energía poética. Activa fragmentos escogidos y les obliga a significar, a cantar una melodía aragonesa. Esta visión imaginativa de la historia no es algo implícito o inconsciente en Vagad y que, por tanto, el lector moderno tenga que inferir; al contrario, él mismo se considera como zahorí y articulador de esencias: «solo el discreto penetra ... las nobles corónicas ... tan viuas ppetuas: y enseñadas letras»<sup>86</sup>. ¿En qué consiste esa penetración? En una incursión y apropiación personal de las reservas significativas subyacentes en las crónicas que lee y en su ordenación e incorporación al presente y para el presente. Y esas potencialidades encerradas en los viejos folios de San Juan de la Peña o del monasterio de Poblet son elevadas a diáfanas realidades por la poética intuición del historiador, que, al razonar, componer y montar en un *collage*

<sup>80</sup> Prólogos, fols. LXXIX; Vr, XIr, XVIr, XVIIIr, LXXV, CLXIII; prólogos, XLVII.

<sup>81</sup> Fols. XXXVIr, CXXXII; prólogos, fols. XIr, XIIIr, XXV, XLV, LXI, LXXX, LXXXIIr.

<sup>82</sup> Fols. LXXXVIII, XCIII, XCIIIr-XCIII, XCIX.

<sup>83</sup> Como siempre, sólo doy unos ejemplos: fols. X, XI, XVr, XIX, XXVr, LIIIr, LXXII, LXXXIII; LXXXIIIr.

<sup>84</sup> Prólogos, fols. IX. XVr. XXVIr, XXXIIIr; XXXVIIr; LVI, LXXIII, LXXXI; LXXV, LXXXIII, LXXXVIIr.

<sup>85</sup> Fols. III, Vr, Xr, XXXIX, LXXV, LXXXVI, XCIIIr, CXVIr, CXXVII, CLXVI. El discurso es pieza clave y abundosa en la oratoria vagadiana; por su momento como vehículo de ideas le dedicaré unas líneas más abajo.

<sup>86</sup> Prólogo segundo.

los sucesos, elementos objetivos y vivencias expresadas en las crónicas, reformula, silencia, significa y transparente hechos, cualidades y argumentos que el propio actor no pudo captar ni ver. Historiar es, por consiguiente, reconstruir, transformar, imaginar comprensivamente, presentar al lector la poesía de la realidad, su metafísica. Pero voy a ceder la palabra al cronista, puesto que todo lo anterior no es sino una glosa de algunas de sus páginas.

Ya al principio de la obra<sup>87</sup> nos advierte que al someter a escrutinio las crónicas no debemos, en modo alguno, detenernos «en la sola corteza» de las mismas, sino que, muy al contrario, tenemos que saber «llegar al tuetano de la verdad de la poesía» que atesoran. Esa inmersión en, y epifanía de, la profunda estructura poética de la realidad<sup>88</sup> es la esencia de la naturaleza de la historia, narración totalizante y a distancia que supera a la apreciación personal del actor o testigo de «los hechos más nobles y famosos»<sup>89</sup>. He aquí su versión: «es manifiesto que el que vive y presente se falla: salvo en lo que a su parte le toca: salvo donde él se falla: no puede saber de cómo pasó la batalla: que del pelear de los ausentes: del romper de las otras esquadras: donde él no se falló: del vencer de los que él no vio aún que sea en la misma batalla: no puede ni saber la verdad ni razón cierta ni llenar: hasta que de algo lo sepa. mas leyendo la discreta y cumplida crónica: que no a relación ni antojo de uno: mas de los más que en el hecho se fallaron: y mejor cuenta y razón dello dieron: y más sobre cierto: y más con discreto consejo y examen se escribe se asienta y compone: es cierto que dares más razón: departires más con orden con certeza y mejor que el mismo que en la batalla se falló»<sup>90</sup>.

Más aún, el lector de renombradas crónicas llega a vivir lo que lee, convive las vidas de los héroes y, más importante todavía, en el pasado intuye el futuro: «ved ... los ... cronistas famosos que tan por orden: mas con que cumplimiento y razón los asienta: que parece que os lo hace con los ojos ver: y ver más cumplidamente. mas distinta, ordenada y apaziblemente, que si ende os fallaredes. queda luego manifiesto que más presente mucho se falla: mas llena razón del hecho dar puede: que la llena y cumplida crónica del famoso cronista lee: que el mismo guerrero que presente se falló. Vive luego que todo lo lee, las vidas de todos los que fama ganaron: vive las vidas de todos los ilustres pasados: pues más presente en sus hechos se falla, que si en ellos se fallara. vive las vidas: no de los solos pasados: mas de los venideros aún como según lo pasado saca gran parte de lo que esta por venir: que regla de la prudencia es: sacar juicio de lo que esta por venir: según lo que vimos en el pasado»<sup>91</sup>.

Guiado por esta premisa, fray Gauberte lee y coteja las crónicas para so-

<sup>87</sup> Prólogo primero.

<sup>88</sup> Contrastes culturales les llamaríamos hoy.

<sup>89</sup> Prólogo segundo.

<sup>90</sup> Prólogo segundo.

<sup>91</sup> Prólogo segundo.

meter el pasado a una revisión inicial etiológica, preguntándose cómo ha llegado Aragón a ser lo que es, o, mejor, cuál ha sido el modo de formación espiritual regional. Estas demandas sobre el pasado conducen a Vagad, necesariamente, a indagar momentos fundadores, problemas de origen y, finalmente, a una fenomenología del espíritu. Es interesante observarle enhebrando fragmentos de crónicas clásicas y potenciando una saga primigenia que se apresura a elevar a paradigma nada más comenzar el prólogo primero. Reinterpretando las fuentes grecorromanas sobre la Península —pero ateniéndose siempre a alguna de ellas—, rechaza la supuesta mayor antigüedad de Grecia y Roma sobre España, ya que nuestros «pncipes tan altos y antiguos, ta sabios y famosos despaña: q antes q houiesse turcos, antes q sonasse ni cesar ni alixadre, ya por imortal fama arreauan toda la europa. q nro rey pujante y magnaimo hespero, q sojuzgo pmero la italia y hespia como a españa de su noble la llamo, ates poblo, mado y rigio la tierra d roma, q roma rigiesse ni mandasse el imp[er]io: antes mucho q alixadre naciesse ni el herocles tato sonasse». Vagad, sintiéndose muy español<sup>92</sup>, rechaza la tradición de algunos de nuestros cronistas que comienzan la historia patria con Hércules, cuando en realidad fue «el sapientissimo dador e inuetor de nobles leyes nro ta alto y esclarecido rey do abides» el que «alubro pmero la europa ... puso en orde y asseto en policia las siete famosas ciudades despaña»<sup>93</sup>. Esto no es todo; Vagad teje todo un armazón mitológico al dotar a su personal relato de especificidad y nobleza creadora en el tiempo primordial o de fundación; veámoslo: «y segu lo recueta el tan noble justino: y antes q ligurgo y solon diessen leyes: antes por cierto q ni sonassen las grandes escuelas de athenas, ni fuessen naçidos plato y aristoteles: ni ahu fuessen echados los fudamietos de roma. pues nro ta sabio ta famoso y magnaimo athlate, no suplio en el saber y en la virtud del gra hercoles? no fue su maestro y enseñador vdadero?». No es Hércules el que hace a España, sino que «el hercoles» es una consecuencia de la expansión hispana. Si Homero se levantase «hoy dla fuessa» o si Virgilio regresara «dl infierno», no se atreverían a cantar las *laudes Hispaniae* «porq tanta es la demasia del valer de nra hespaña». Y concluye: «Desengañen se pues los ta engañados romanos y griegos, q todo lo atribuye a si»<sup>94</sup>.

Establecida arteramente la radical prioridad temporal y superioridad his-

<sup>92</sup> Además de cantar apasionadamente en el primer prólogo las excelencias de España y de los españoles, Gauberte se siente también español a lo largo y lo ancho de la *Coronica*. Una buena muestra nos la da, por ejemplo, en el folio I; al narrar la pérdida de España escribe sobre los «alevosos traydores cristianos que la vendiero a los moros» siendo «el pricipal dellos el code do julian q no fue godo ni español mas ytaliano (sic) y de linaje dlos cesares de roma» (!) Este rejón, junto con otros, hizo sangrar la pluma de B. Croce.

<sup>93</sup> Sigo citando al primer prólogo en sus páginas iniciales.

<sup>94</sup> Prólogo primero. Para justipreciar la radicalidad de la posición vagadiana conviene recordar el culto a los humanistas —y el monje lo era—, a Italia y a los escritores italianos en aquel momento.

panas, el religioso hunde su pluma de ave, con idéntica resolución, en la prehistoria de la historia aragonesa. Comienza el prólogo tercero asegurándonos que el primer poblamiento en suelo hispano fue establecido «en los montes perhineos» por el «quinto hijo de jaffed»; desde allí bajaron los primitivos aragoneses «fasta llegar ala postre ala noble ciudad de çaragoça: que fue cabeça de toda la yberia: si dla yberia de toda la hespaña q yberia por el rio de ebro se llamo entoce la hespaña». El segundo paso crucial, después de asentada la génesis aragonesa de España, es tan mítico como el primero: fundamenta la legitimidad y honorabilidad de la Corona aragonesa en y por su procedencia directa de la real casa goda. Pero Vagad, mucho más sutil de lo que sus numerosos críticos parecen sugerir, desartolla el argumento en fases o a varias bandas, todas ellas igualmente esenciales e importantes para el fin que persigue. La extensa cita que sigue queda, en parte, neutralizada y compensada porque muestra la suprema habilidad de su autor, que en un par de folios fundamenta y consagra los orígenes del reino, la trascendencia del espacio, el espíritu de un pueblo, la naturaleza de la monarquía y la institución del justiciazgo. Todo de un solo golpe maestro. Leamos sus frases:

«Tres estados ilustres: ... fallo yo, que se leuataron en nras españas: despues del perdimiento de aquellas: por tres grandes y famosos caudillos cristianos ... El primero ... el Rey do Garci Ximenez en los montes perhineos: y alla cabe jacca: ciudad puesta en el riñon de Aragon. El segundo ... el infante don pelayo: en las asturias de Oviedo. Y el tercero ... don Sinofre tambien en los perhineos: en las motañas de Catalueña»<sup>95</sup>.

Esto es, concretamente, lo que sucedió en los momentos rigurosamente iniciales de la constitución del reino:

«Aca en la peña de Uruel, que es peña viua y toda tajada: y poredemas fuerte que otra ninguna de las que esta cabe jacca: fizieron su ayuntamiento los nuestros: digo los nuestros por los aragoneses, que en el regno de aragon: que es tierra de jacca, se ayutaro los nuestros. y hauido su acuerdo ... y graue deliberacion: ordenaron primeramente de recurrir a nuestro señor porque para escoger de nueuo rey: dios principalmente deue ser inuocado: quato mas para establecer un reyno ... y fecha ... su procession solepne: fueron se por el mote de pano: que es un fermoso bosque: y assaz acompañado de gentil arboleda; y adereçaro un camino para sant johan de la peña: donde tenian entonce su mayor deuocion los christianos: y esta poco mas de una

<sup>95</sup> Fol. LIIIr. La prelación de Aragón sobre Asturias viene remachada en el folio II cuando escribe que ante el empuje de los árabes "retruxiero se los xpianos alas mas fuertes y asperas tierras, que podieron fallar: alas montañas delas asturias, dizen muchos. mas a los montes perhineos pienso que mas. porque son los mas altos y mas famosos motes de toda la hespaña".

legua de Uruel. y llegados a la yglesia ... encomedaron se mucho a nuestro señor, a las deuotas oraciones de los santos varones ... dos caualleros hermanos ... Oto y felicio: naturales de çaragoça ... que ... se retruxieron ala heremita por seuir a nuestro señor. y a cosejo de aqlllos velaron aqlla noche ... y pidieron les por merced: q les pluguiesse de rogar a nuestro señor ... de leuantar alguno por Rey delos principales dessos nobles varones godos, que hauia entre ellos quedado»<sup>96</sup>.

Los santos varones zaragozanos respondieron a los nobles que tan grande empresa mucho se debería mirar, que velasen una segunda noche todos y que a la mañana siguiente, oída la misa, se reunieran para deliberar; ellos, mientras tanto, se pondrían nuevamente en muy estrecha devoción y contacto con el Señor. Invitados por el alba, los dos varones

«con el instinto diuino, q los guiaua: llamaron los principales: y dixero les ... su parecer era este: que deuian todos cocertar primero entre sí, de como: y a quien hauian de escoger. y despues de ser todos cocordes cerca de la persona: que deuian todos juntos dezir le: q pues ellos siendo tan esentos y libres: querian tan de su grado escoger le, y leuantar le por señor: y renunciar por le seguir su misma libertad y querer: q tan bien el deuia reconocer la honrra tan grade, que enello sele fazia: y repartir con ellos el regimieto del reyno. porque de essa manera seria mas justo: mas ygual, mejor y mas durable q otro alguno ... ca ni el podria tato errar: pues a consejo delos ta suyos rigiesse. ni ellos desobedeçer: a quien tanto dellos fiasse»<sup>97</sup>.

Acuciado Vagad por su politeísmo imaginativo, no se conforma con poetizar un parlamento de anacoretas y nobles que, por inspiración divina, levantan por rey a uno de entre ellos. En tan decisivo momento, hábilmente crea, además, al Justicia de Aragón:

«y por que si differencias quiça nasciessen, como siempre suele entre los hombres naçer: touissen presto el remedio, para las poder luego atajar: q escogiessen todos un hombre, que fuesse ta de pro: y varon de tanta virtud, que sospecha del, ni recelo se houiesse de salir delo deuído: ni se apartar dela razon. y este varon poder no touiesse de torcer por via alguna de lo por todos ordenado. mas q fuesse como fiel entre ellos: que ni dexasse al rey salir de lo assentado por el mismo, y por los suyos: ni a ellos consintiesse desuiar se de su rey, mas todos fuessen tan unos çerca del bien de todos, q siempre lo de

<sup>96</sup> Fols. II-r.

<sup>97</sup> Fol. IIr.

todos fuesse lo primero que todos pcurassen. Tan cotentos y marauillados quedaron todos juntos del tan santo y cumplido consejo que los sanctos hermanos les dieron, que todos le abraçaro, como a cosa de dios venida: ni podiero presumir, q saluo por dios tan alta y segura forma de bie regir, reuelada ser pudiesse. ca visto q no eran letrados: mas caualleros entre las armas nascidos no podiere pensar, q salvo dela misma sabiduria diuina tal orden y cosejo saliesse»<sup>98</sup>.

Oído por los nobles tan sabio y prudente consejo, dan gracias al Todopoderoso por haberse dignado otorgar divina inspiración a los piadosos varones zaragozanos; les piden humildemente su bendición y, jubilosos, se ponen en camino hacia la peña de Uruel. Reunidos allí, en un como «solepne, libre y gozoso» acto de corte,

«invocado primeramete el nobre de nuestro señor, y de la bienaueturada madre suya: escogieron juntamete y de un golpe mismo: al magnanimo varon don Garci Ximenez: godó real: y de sangre de reyes godos venido: y al official que llamaro despues justicia de Aragon: para ser como tercero entre los dl reyno y su rey: y entre el rey y los del reyno. no q pudiesse por si mismo regir: mas segu las leyes por el rey y el reyno ordenadas. q el poder fazer leyes eñl rey y reyno quedo. y por esto este regimiento de Aragon, es el mas real, mas noble, y mejor q todos los otros. y el rey q assi rige: es rey mas entero q todos los otros. porq es mas conforme, libre y mejor: y mas allegado a virtud, razon, justicia y policia q los otros: porque ni el rey sin el reyno: ni el reyno sin el rey, pueden propiamente fazer abto de corte: ni alterar lo assentado una vez. mas todos juntamente han de concurrir en fazer de nueuo leyes y proueer cerca del bien y regimiento de todos»<sup>99</sup>.

Las citas proporcionan un considerable conjunto etnográfico que voy a someter ahora a mirada antropológica. Vagad pretende simplemente —a primera vista— narrar acontecimientos: el primer poblamiento en España y el comienzo del reino de Aragón; ese intento le lleva forzosamente a buscar en el antiguo, remoto y noble pasado el «ρχη», el principio, causas o arranque del reino. Pero, al historiar ese recóndito tiempo inicial, fray Gauberte se convierte en hierofante e introduce en el relato una radical ruptura de nivel: de golpe nos traslada al reino de la leyenda, nos pone frente al misterio de

<sup>98</sup> Fols. 2r-3.

<sup>99</sup> Fol. III. Que Aragón sea el primero, en todos los honrosos sentidos, de los reinos hispanos lo repite en los folios IIIr, LXXIII, LXXX, LXXXIX, XCIIIr, XCIIIr, CX, CXIIIr, CLXXIX, etc.; en cuanto a la constitución y naturaleza del reino: fols. VIIr, IX-r, X, XVI-r-XVIII, XXVII, XCVII, CVIII, CIX, CXV, CXIX, CLIII, CLV, CLXI, entre otros. Sobre el justicia de Aragón: fols. VII, CXXXI-r, CXXXIX, CXLVII, CXXXII, etc. Por último, son jugosos los párrafos que dedica al rey de Aragón como emperador de España: fols. XXXVIr y ss., XL-r, XLVII, etc.



los sucesos pretéritos y originales, nos remonta al tiempo del Tiempo, al *μυθος*. Proyecta sucesos oscuros e instituciones medulares de la historia del reino en la penumbra admirable y extraña del tiempo primordial, de un tiempo original y *otro*, trascendente, ontológicamente superior y axiológicamente paradigmático. El rey de Aragón no sólo es un noble godo; todos los aragoneses descienden directamente del bíblico Jafet, lo que les hace copartícipes del primer pueblo en la tierra, descendientes del pueblo elegido.

Esta procedencia, con ser excepcional, no es todo. Plurales circunstancias sobrenaturales y divinas rodean la dramática elección del primer rey de la incipiente Casa de Aragón, al mismo tiempo que una superestructura místico-religiosa enmarca y produce la más genuina y ejemplar creación política aragonesa: el Justicia. Los dos santos varones y el grupo de nobles velan dos noches en oración, se ponen en contacto con la divinidad y, reverentes, escuchan la inspiración celestial; Corona e institución adquieren de esta manera la aprobación máxima, una legitimación suprema, sagrada. Vagad, al transfigurar los sucesos en registro simbólico, desliza, lenta pero sutilmente, al lector del *sacrum* al *verum* y de éste al *bonum*.

Tampoco se detiene aquí nuestro cronista; corrobora el *verum*, además, con magníficas pinceladas objetivas y externas, bien conocidas de sus posibles lectores: los lleva en paseo geográfico a un bello bosque, ciertamente alejado y arcano, pero real y conocido; les invita a ladear el inamovible monte de Pano y la prominente y renombrada —aún hoy día— peña de Uruel y, haciéndoles pasar junto a la ciudad pirenaica Jaca, los conduce al monasterio-símbolo de San Juan de la Peña. Nomenclatura toda no sólo agradable a oídos aragoneses, sino con denotaciones concretas, fijas, bien delimitadas —tan visibles, tangibles y duraderas como rocas y monasterios—, y con polisémicas connotaciones simbólicas. De este modo, Vagad, en continuo y certero movimiento pendular entre el logos y el símbolo, confiere ahora, y a través del espacio real oscense, carácter y fuerza sensoriales, objetivos, una validez y verdad intrínsecas, immanentes a la formación mítica de Aragón.

Esta sintética modalidad de presentación del argumento, es decir, esta penetración en lo ideal por lo real o fertilización por lo concreto del estrato espiritual, se convierte, en la pluma del monje, en un vehículo excepcionalmente eficaz para dar forma y expresar algo radicalmente importante: la raíz metafísica de la persona y de los derechos humanos<sup>100</sup>, la filosofía de las instituciones y monarquía patrias, la especificidad e identidad aragonesas, en otras palabras. Pero ese manejo de crónicas, selección de documentos y de prelações temporales, ese orden, registro o perspectiva, coherencia e interpretación del muñidor Vagad, revelan al análisis antropológico algo más: una razonada pretensión de apuntalar, robustecer y revalidar el inseguro edificio de antiguos derechos y privilegios de los prohombres aragoneses de segunda

<sup>100</sup> Fr. Gauberte escribe literalmente de los "derechos humanos", prólogo primero, por ejemplo.

mitad del siglo xv frente al creciente poder e intromisión de la Corona. Veamos brevísimamente el contexto político-social.

Es significativo que Fernando el Católico pasara únicamente mil ciento dieciocho días de sus treinta y siete años de reinado en tierras aragonesas; obviamente, no representaban para él más que un rincón de su dilatada Monarquía. Tanto las Cortes como algunas embajadas hacen llegar al rey las quejas y crecientes recelos por su notoria y casi exclusiva dedicación a problemas de Castilla y uso de símbolos castellanos; el rey —piensan— olvida a Aragón. Consideran la unidad nacional más como resultado de las ambiciones e intereses de dos familias coronadas que como algo general o popularmente deseado y conveniente. La Diputación del reino, las Cortes y linajes aragoneses, juntamente con los notables de morerías y aljamas, se percatan de la creciente minoración y debilitamiento de Aragón, es decir, de cómo el viejo y poderoso reino, cuyo escudo lucen todos los peces del Mediterráneo, va convirtiéndose en simple provincia. Con el paso del tiempo, la actuación del monarca confirma a la oligarquía aragonesa que la solapada pero definitiva pretensión real es la castellanización de Aragón. Ya Vagad hace notar<sup>101</sup> con énfasis y regusto lo mal que rima «la criça de Castilla» de Fernando I con el modo de afrontar problemas en la Corona aragonesa. La prevención contra castellanos se convierte en ira y desesperación en las élites aragonesas cuando Fernando introduce la Inquisición en el reino aragonés: la Diputación en bloque se opone a lo que consideran autoritarismo castellano y dejación nativa; el rey, en arrogante respuesta, amenaza con la invasión de Teruel por ¡tropas castellanas! Tras difíciles negociaciones, el monarca implanta la castellana hermandad en Aragón, pero la oposición nobiliaria, la Diputación y las Cortes aragonesas la liquidan en 1494. En 1482, el monarca nombra como virrey de Aragón a un catalán; nuevamente, la Diputación se opone y, ante los problemas que presente, cede el pragmático Católico. Pero su intervención en el nombramiento de cargos municipales e institucionalización de lugartenientes en Aragón es definitiva, lo mismo que la creación del Consejo de Aragón, que desde 1494 acompaña al rey y actúa por encima y al margen de Cortes y Diputación. Estos contratiempos exigen respuesta: los fueros, libertades y privilegios del reino —que pasan a convertirse en plurivalentes símbolos y dinámicas banderas— son machaconamente invocados para hacer frente a lo que la élite fuerista considera como intolerable proceso de castellanización, merma de derechos y vejación de los inmemoriales usos de un reino.

Efectivamente, el retorno a una edad o pasado de oro es, en estos casos, un recurso conocido y psicológicamente eficaz. Nuestros derechos y privilegios, dice y corrobora el subtexto de Vagad, son, sin duda, inmemoriales; nuestras libertades y fueros, nuestras leyes e instituciones son tan antiguas

<sup>101</sup> Fols. CLXr-CLXI. Los datos históricos a que simplemente aludo pueden leerse en cualquier manual.

como el reino; datan del alba de los tiempos de Aragón. Esa constitución monárquica originaria, esos usos y costumbres tan añejos, son los principios perennes, inmutables e inalienables de nuestro pueblo; sólo nuestros legisladores, y con arreglo a nuestras leyes e instituciones, pueden adaptarlos o cambiarlos, pero nunca ni en modo alguno toleraremos que gentes extrañas que no saben de fueros ni libertades, que no han sabido crear la figura de un Justicia mediador ni leyes que controlen la tiranía real, interfieran en nuestra ancestral y sagrada originalidad y, por tanto, con nuestra presente formulación política, réplica exacta del pasado. Somos lo que fuimos y que-remos ser lo que éramos; el pasado justifica nuestras demandas presentes. Somos autóctonos, diferentes, un reino; nos resistimos a ser englobados y preteridos. Vagad no sólo insinúa estas ideas, sino que las vocea; su *Coronica* no es una historia de Aragón, sino la narración de la angustia de un yo común a la vez humanista y oligárquico, la escrita exteriorización, simultáneamente explícita y simbólica, de la conciencia nacionalista de una amplia élite cultural aragonesa. Son los avatares del presente los que en realidad fuerzan esa visión y versión del pasado. Vagad es, en cierta medida, un eco de las ideas y figuras dominantes, a cierto nivel, en la Zaragoza de finales de siglo, el amanuense de un conjunto de imágenes y representaciones que comparten juristas, abades, diputados, nobles, humanistas, acomodados judíos, clero alto y casas linajudas<sup>102</sup>.

Es concretamente durante el período de creación histórica vagadiana cuando la imprenta se instala en Zaragoza. Desde este momento, la palabra escrita, y no la pronunciada, comienza a ser el vivero inagotable de significado. El fluctuante hablar, con su correspondiente oír, implicaba a varios, o, mejor, a muchos, a un grupo en comunión; el solemne y ceremonial mensaje hablado-oído iba dirigido a todos ellos, precisamente en momentos cruciales y de origen, y versaba sobre temas de primera importancia, vitales, comunes. Pero las palabras para las ocasiones, las arengas enardecedoras y discursos, la política sonora del ágora o del foro, con su eficacia emotiva y crestas de significado, van enmudeciendo frente a la avalancha de la palabra impresa, que se convierte en el elixir de la memoria. La imprenta congela el discurso, cuya naturaleza invierte: no se pronuncia para ser oído, sino que se escribe para ser leído, releído, analizado, comparado; la palabra escrita solidifica, fija la voz viva; lo escrito permanece. Pues bien, el abanderado y menospreciado Vagad, nuevamente asesta un golpe de virtuoso: sobrepone el discurso a la escritura, con resultados sorprendentes. Valiéndose de un recurso histórico

<sup>102</sup> Gauberte Fabricio tenía además otras razones provenientes de sus vivencias personales para escribir la *Coronica* en el registro y modalidad en que la redactó. No sólo experimentó en contacto directo con catalanes y castellanos la diversidad cultural, sino que como otros historiadores trotamundos y viajeros (Herodoto, Hecateo de Mileto, Teopompo —a quien nombra—, Plutarco, etc.) peregrinó por una exuberante Italia, lo que le proporcionó la posibilidad de contactos y le incitó a curiosas comparaciones de especificidad y origen.

antiquísimo —ya viejo en Tucídides—, entreteje, traba y enlaza piezas oratorias que pone en labios de héroes nobles, reyes y soldados aragoneses. Las arengas y diálogos constituyen, en realidad, el núcleo esencial y noble, la parte sustancial y más eficaz de la *Coronica*.

Como Vagad tenía mayor interés por las ideas que por los hechos, inventa alocuciones y proclamas, pero que —nótese— reproducen para el lector humanista la realidad; son genuinas. La *Coronica* gira en torno a una idea central; los capítulos se suceden según un plan inicial y no sólo cronológico; persigue el volumen un objetivo: mostrar que los aragoneses rigen desde el principio su destino, que la historia de Aragón es historia pensada, dirigida, consciente. Para probarlo, multiplica panegíricos, diatribas, alocuciones y discursos majestuosos y graves<sup>103</sup>, en los que prolijamente expone su compartida teoría sobre la sociedad y el reino, el poder, la autoridad y la convivencia; su concepción de la persona, el bien común, la identidad aragonesa; su representación de las leyes, normas, derechos y obligaciones. En esas arengas, no sólo se exaltan las nobles gestas de los héroes patrios y se subraya el marchamo que con su voluntarismo imprimieron en el histórico devenir del pueblo aragonés; esas proclamas rebosan, además, retórica moral; son decálogos cívicos que, con la fuerza prestada por el antiquísimo origen, por la voz de la noble persona que las pronuncia y por el dramático momento en que resona, instruyen a los lectores, que las paladean en lectura reposada. Sólo si empáticamente tratamos de conectar con las mentes humanistas del *quattrocento* aragonés, podemos justipreciar la sutileza de la construcción dramática de la *Coronica*.

Y éste es, de nuevo, otro de los magníficos logros de Vagad. Dotado de imaginación histórica, se esfuerza por pensar, sentir y captar el estado de ánimo de los personajes antiguos; se sumerge intuitivamente en el pasado y trata de ser poseído por el espíritu y problemas de ese pasado. Pero no se conforma con esta penetración en el tiempo lejano: Vagad inyecta un nuevo espíritu en esos discursos, una intensidad y valor paradigmáticos. El discurso fundador de la monarquía o de instituciones adquiere un carácter arcano, sacro; lo escuchamos a través de las voces de nuestros venerables muertos, y fue pronunciado en momentos y espacios primigenios y privilegiados. Esas piezas oratorias sintetizan y expresan, por otra parte, el sentir del presente, de lo que todos piensan y quieren; vierten sobre el pasado las representaciones políticas de los *cognoscenti* zaragozanos, activándolo y forzándole a significar, a cantar una melodía que, en realidad, es eco o reproducción del presente. En estos viajes de ida y vuelta al pasado se producen fenómenos de transfusión y transustanciación: el pasado repite especularmente el presente y éste epitomiza a aquél; ambos esencializan a un nosotros colectivo, a Aragón, transformándolo en algo permanente, paradigmático, universal.

<sup>103</sup> Discursos pueden leerse en los folios IIII-r, V-r, Xr, XXXIII, XXXIX, LXXXVr, LXXXVI, XCIIIr, CXVIr, CXXVII, CLXVI, etc.

Nuestros reyes, soldados, nobles y padres fundadores se sentirían hoy cómodos con nosotros, lo mismo que nosotros viviríamos sin esfuerzo, en comunión de pareceres e ideales, con aquellos héroes, nuestros antepasados. Ellos y nosotros nos sentimos aragoneses, nos compenetramos por la vivencia de idéntico legado cultural; todos somos copartícipes y estamos sentados a la mesa del mismo symposium espiritual. Representamos simplemente un bien engrazado eslabón en nuestra trascendente historia cultural; estas frases parecen condensar el mensaje vagadiano.

\* \* \*

El esfuerzo realizado por el cronista zaragozano para crear sentido colectivo y significado espiritual no se agota en su personal interpretación del romántico tiempo primigenio; al contrario, Vagad lo completa hábilmente en un espectacular giro cualitativo: del alba nostálgica de los tiempos aragoneses se desliza a otra forma primordial de síntesis, a la metafísica de la estructura espacial. El *spatium* es, ciertamente, una forma privilegiada de existencia de la cultura; Vagad no sólo se percata de esa dimensión polisintética o capacidad receptora del espacio, sino que la desarrolla y explota magistralmente. En numerosos folios vierte con fruición morosa y derrama con munificencia su apercepción aragonesista del espacio, revitalizando *loci* tradicionales y convirtiéndolos en otros tantos senderos que, invariablemente, conducen al totalizador y fundamental espacio trascendente: Aragón.

El lugar, la situación y el emplazamiento, la orientación, articulación y yuxtaposición de espacios constituyen puntos de apoyo, marcos de referencia duraderos, permanentes. La concreta ubicación espacial configura realidad objetiva y es base primordial de diferencias. Vagad intuye la función específica del espacio en la historia de un pueblo y lo eleva a categoría primaria y vehículo de significación plural, significación enraizada en algo tan perdurablemente aragonés como la peña de Oroel, el monasterio de San Juan de la Peña (excavado en la roca viva), los inamovibles Pirineos, la antigua ciudad de Jaca, etc. El cisterciense privilegia acertadamente unas pocas áreas topográficas, que convierte en otros tantos escenarios para forzarlos a representar cualidades, virtudes, principios y esencias. Las montañas del Sobrarbe ejemplifican, concretamente, uno de sus ingeniosos modos de creación cultural del espacio. Efectivamente: Jaca, San Juan de la Peña y el pico de Oroel escuadrán un *espacio* de origen —«el riñon de Aragón», en certera definición del fraile<sup>104</sup>— y un *momento* de creación, y, por consiguiente, tiempo y espacio se confunden y entrañan, o, mejor, la dinamicidad del tiempo se detiene y perpetúa en la estabilidad del espacio. A esta simbiosis espacio-temporal hay que añadir un tercer elemento: el monasterio se levanta sobre y dentro de un ámbito que *eo ipso* queda sacralizado. Pero Vagad no se conforma con esta-

<sup>104</sup> Fol. LIII.

blecer esa suprema trilogía cultural; la fuerza a conferir sus inherentes virtudes a las montañas encuadradas en ese agraciado espacio. Más aún: fray Gauberte sobrarbaniza<sup>105</sup> a Aragón. Vale la pena dedicar unas pocas líneas a esta vagadiana espiritualización de esa concreta geografía.

El Pirineo oscense es, desde antiguo, un lugar privilegiado por su conexión bíblica: lo eligió y pobló el «quinto fijo de jaffed»<sup>106</sup>; esa zona sobresale también por ser la más encumbrada y famosa de toda España<sup>107</sup>. Ante el avance musulmán se refugiaron en ella linajudos cristianos que determinaron, unánimes, conservar sus libertades y costumbres, sus privilegios y fueros. Cuando esos montañeses «levantan» al rey, fundan el reino y definen las esferas de la autoridad, del poder y del Justicia, no hacen sino elevar a rango de Constitución «el derecho del lugar»<sup>108</sup>, esto es, el de «los motes phineos do se fizo la eleccion»<sup>109</sup>. El rey elegido no es en modo alguno rey absoluto; debe jurar los privilegios, fueros y libertades establecidos<sup>110</sup>. Es en la montaña, y por los montañeses, donde se creó y fundamentó «tan alta y segura forma de bie regir»<sup>111</sup>; pero, además, las lejanas y misteriosas cumbres pirenaicas parecen conferir cualidades morales a los montañeses. Se distinguen éstos por la «grandeza de sus altos coraçones», por sus «fechos dignos de memoria y loor»<sup>112</sup> y por ser más tenaces en la batalla y pelear mejor<sup>113</sup>. «En las montañas: siepre se falla mayor esfuerzo»<sup>114</sup>, más libertad<sup>115</sup>, más «honra, loor y fama»<sup>116</sup>; los montañeses son especialmente estimados por los reyes<sup>117</sup>. Ellos fueron los que escogieron originalmente y levantaron al rey no de Aragón, sino de Sobrarbe; el rey fue elegido —nótese la excelente y triple superposición metamórfica— «en *tiempo*: y *logar*: que abtorizan mas el *derecho*<sup>118</sup>: y fazen mas valedera y fuerte la ta justa firme comu, y acordada eleccio»<sup>119</sup>.

En resumen, y en registro antropológico, ésta es la sutil elaboración de Vagad: con el tiempo originario y el espacio ritual, con la norma y la ética, construye una configuración pleocroica, o *ερωσις* cultural, en la que los elementos constituyentes se imbrican, equivalen y permutan: lo sagrado se objetiva en el espacio; el amanecer del reino queda anclado para siempre en la montaña; el derecho es inherente al lugar, lo mismo que la cívica moralidad.

<sup>105</sup> La palabra es de Giesey.

<sup>106</sup> Principio del prólogo tercero.

<sup>107</sup> Fol. II.

<sup>108</sup> Fol. VIr.

<sup>109</sup> Fol. VIr.

<sup>110</sup> Fol. XVIr.

<sup>111</sup> Fol. XVIr.

<sup>112</sup> Prólogo segundo.

<sup>113</sup> Fol. XLI.

<sup>114</sup> Fol. V.

<sup>115</sup> Fol. VI.

<sup>116</sup> Fol. VIII.

<sup>117</sup> Fol. XX.

<sup>118</sup> El subrayado es mío.

<sup>119</sup> Fol. VIr.

Sacralidad, espacio, tiempo, derecho, libertad y virtud convierten a su relicario, el Sobrarbe, en raíz, esencia y símbolo de Aragón<sup>120</sup>.

No hay duda de que Vagad edifica un Aragón sobre roca dura, sobre cimientos perpetuos; está, pues, *bene fundatum*. Pero si ahora bajamos de la montaña pirenaica a la ciudad de Zaragoza, a la que repetidamente califica de cabeza del reino, observaremos que subraya otro índice de modalidad espacial, siempre tan perenne e inmarcesible, pero aún más antiguo y divinal. Fray Gauberte rompe fronteras y avanza con decisivo paso antropológico: del espacio fundacional nos traslada al espacio eminentemente místico; del significado espacial político, al sagrado; del *tempus*, al *templum*, al Pilar zaragozano, ámbito sagrado por antonomasia. De esta hábil manera, a golpe de símbolos y significados, esculpe Vagad a Aragón y lo erige sobre base suprema, infinita y eterna: la atemporal elección divina.

Podría pensarse que Vagad poetiza con excesiva audacia o imagina arbitrariamente en el vacío, pero no es así; es vecino de una floreciente ciudad e importante centro de peregrinaje, de una Zaragoza en hervor humanista y con creciente afirmación de su originalidad política. En 1434, por ejemplo, llega un buen contingente de romeros para visitar el templo del Pilar<sup>121</sup>. En torno a esa fecha —o quizá en 1433— tuvo lugar una excepcional peregrinación: la de la reina doña Blanca de Navarra, que venía en acción de gracias por su milagrosa curación, atribuida a Nuestra Señora del Pilar, a visitar el venerado templo. Acompañada de su esposo, el infante de Aragón, de don Carlos, príncipe de Viana, de varios obispos y de lucido séquito de caballeros, entró en el templo, donde la esperaba el Justicia de Aragón, ricos-hombres, obispo y clerecía de la ciudad. Fundó una cofradía u orden en honor de Nuestra Señora del Pilar, que tuvo por distintivo externo una banda azul con un pilar de oro esmaltado en blanco. De la segunda mitad del siglo xv parece datar un bellissimo bajorrelieve de estilo gótico, labrado en alabastro, con escenas pilaristas, y que se conserva en el colegio de San Carlos<sup>122</sup>. Algunos expertos creen que pertenecen también a ese período tres grandes lienzos o interesantísimas sargas que cuentan la aparición de la Virgen a Santiago, sobre la columna, interpretada de manera simétrica y espectacular entre escenas de milagros atribuidos a Nuestra Señora<sup>123</sup>. El Papa Calixto III, concededor de la ciudad, puesto que había vivido en ella, y que tan de cerca siguió los acontecimientos político-religiosos del reino aragonés, expidió una bula el 23 de septiembre de 1456 en la que recoge la tradición de la venida de la Virgen, sobre una columna de mármol, a Zaragoza; en ella otorga, además, indulgencias a los que visiten la iglesia de Santa María del Pilar, recinto en el que tienen lugar muchos milagros. En 1492 imprime Hurus en Zaragoza el can-

<sup>120</sup> Es interesante anotar que todavía hoy, y en parte, está vigente esta idea.

<sup>121</sup> A. CANELLAS, o. c., p. 572.

<sup>122</sup> F. TORRALBA, *El Pilar de Zaragoza*, Everest, 1974, pp. 8 y ss.

<sup>123</sup> F. Torralba: como la nota anterior, pp. 11-12.

cionero titulado *Coplas de Vita Christi*; en él aparece en verso la *Hystoria de la Sacratissima Virgen María del Pilar de Zaragoza, fechas por Medina*<sup>124</sup>, posiblemente la primera poesía a la Pilarica. Las voces, atuendo e idiosincrasia de los peregrinos, que hacen de la ciudad un imán de espiritual atracción; la prerrogativa y reconocimiento de la bula papal; la creación artística en escultura, pintura y poesía, parecen reflejar un período de efervescencia pilarista que subraya un espacio, confiere especificidad y distinción a una ciudad y, por tanto, realza a un pueblo. Estas objetivaciones de una maravillosa tradición fundacional no pudieron sino incitar a un fervoroso poeta y amante vecino de la ciudad a terciar en la herencia espiritual aragonesa, reinterpretarla y proyectarla en su filosofía de la historia. Veamos este proceso.

Pronto siempre a vocear las excelencias aragonesas, el cisterciense descubre un maravilloso y único venero en la iglesia zaragozana del Pilar. La ciudad puede enorgullecerse de encerrar en su perímetro nada menos que «la primera capilla de nuestra Señora: que houo enla cristiudad»<sup>125</sup>. Al principio del prólogo tercero recoge así la tradición:

«llego primero santiago aca: y antes que saliessen los apostoles de judea. y desta causa labro santiago enla misma ciudad la primera capilla que a honor de nuestra señora fue en el mundo labrada: porque al tiepo que della se despidio prometio delo assi fazer. y le fue por ella tan bien encargado: que dode quier que mas discipulos fiziesse, ahi le fundasse una capilla. y llamo la sancta maria del pilar. y la razon dello fue: porq orando una noche orilla del rio, con sus nuevos siete criados: oyo cantares marauillosos del cielo, y aparecio de subito nuestra señora con gran muchedubre y caualleria de angeles, q ahun ella viniendo la trahian sobre un pilar assentada con excellente corona en la cabeça: y con aquella fiesta gloria y triumpho que a tan alta reyna se perteneçia: y ahu despues dela hauer tan deuota y profundamente acatado, quanto a señora tan alta, y tan madre de dios era deuido, y el podia cumplir: le fue por ella de nuevo mandado, q assentasse la primera y su excellete capilla, de la misma forma y manera que la el asiento. ca le fazia saber, y ahun le prometia q enella para siempre su inmortal memoria seria festejada, y ende seria ta por extremo, y tan deuotamente su nombre acatado, que luziria de continuo sus marauillas en ella».

Pero notemos en las líneas siguientes el tránsito suave de la reiterada gratitud a la glosa interpretativa que inmediatamente intercala el aragonés:

«y por este fauor tan sobrado, que nuestra señora, a nuestra ciudad dio, en tomar y escoger su primer asiento en aquella. y por los me-

<sup>124</sup> M. MENÉNDEZ PELAYO, *Antología de poetas líricos castellanos*, C.S.I.C., t. III, página 45, 1944.

<sup>125</sup> Final prólogo tercero.



rítos en parte dessor pocos cristianos que el apostol santiago enella couirtio: que serian sin duda los mas excelletes de toda la europa: y primeros sin duda de todo el poniete. tengo por dicho y estimo yo: q houo mereçido nuestro noble aragon dar los mas altos y marauillosos martyres q houo enel mundo»<sup>126</sup>.

El mensaje que el texto emite parece querer connotar mucho más que dice: ciertamente que es favor *gratis datus* el que tan maravillosamente ha recaído y distinguido a nuestra ciudad, pero también debe tenerse en consideración la pronta respuesta de los zaragozanos, es decir, percatarse de algo así como de una plusvalía espiritual que en ellos voluntariamente se genera y que se muestra no sólo desde el principio en los tan numerosos mártires, sino también después en todos los aragoneses: «la soberana lealtad dlos magníficos qtro braços del reyno: que nunca, ni tan leales vasallos dios fallo enla cristiandad: ni los reyes del mundo enla tierra: como fueron: son, y siempre seran los constantes aragoneses»<sup>127</sup>. En suma: los aragoneses han colaborado activa y vigorosamente, aunque *a posteriori* la mayor parte, para no hacerse indignos de tan sublime predilección sobrenatural.

El que así, de hecho, sea parece apuntarlo y reforzarlo otra gran teofonía, la más reciente encarnación espacial de la divinidad en otro lugar aragonés: en Daroca. Vagad se refiere a la antigua tradición de los corporales darocenses en varias ocasiones, describiendo en una de ellas la paradigmática concatenación de sucesos con esmerado detalle<sup>128</sup>. Pero como en este ensayo no trato de representar el tenue carácter empírico de la *Coronica*, sino más bien las evaluaciones morales sobre Aragón del autor, voy a limitarme a espigar brevemente algunas de éstas, partiendo de la siguiente cita:

«mas la marauilla delas marauillas aquella sobre todas fue. q mucho mas en fauor no de solo nuestro Aragon. mas de toda la hespaña. y ahu de toda la cristiandad: y dla marauillosa verdad de aquella: q todos los cristianos nos quedan en cargo desto: y fasta la misma fe: que les hauemos procurado: la mas alta y esclarecida, y prenda marauillosa que nunca en cristianos fue vista. fue a nros aragoneses fasta en el capo demostrada: y ahu agora se demuestra enla ciudad de daroca ... la gloria excellete de cuyo miraglo special: ahun fasta hoy nos acompaña: fauorece y arrea tan subida y marauillosamete: aquestos bienaueturados reynos, del tan constante: fiel, y cristianissimo Aragon sobre todos los otros reynos cristianos ... [lo que tenemos en Daroca no es una simple reliquia] mas thesoro infinito: y sagrario de reliquias de soberana indulgencia engradecida y festejada. y no sin razo grande:

<sup>126</sup> Se está refiriendo a los innumerables mártires de Zaragoza.

<sup>127</sup> Prólogo tercero.

<sup>128</sup> Prólogo segundo, fols. LXXXIIr y siguientes.

porq no fue miraglo que luego en asomado passasse: como pasan los otros. mas tan diuino: perpetuo: inmortal: que siempre, y cada dia: mas cada mometo y hora, da prueua de su verdad. mas parece que se rezieta, y respfadece mas su misterio. alcançan quado mas en Galizia los huessos de Santiago de un pobre discipulo d cristo: alcançan en roma los de sant pedro y de sant paulo. mas alla enla casa santa que esta mas lexos, y en poder de infieles, alcançan los que mas caminan el Sancto sepulcro ... mas gozamos aca en nro Aragon de la misma presencia del viuo glorioso triunfante inmortal rey de los reyes ... aquel en quien dessea los angeles mirar, en aragon lo poseemos: pues que marauilla ser libres y esentos, ser quasi reyes y señores, los que co el señor delos señores priuan sobre todos?».

No tengo la menor duda de que el lector ha sido gratamente sorprendido por la riqueza de este texto polifónico en el que se cantan, simultáneamente, varias melodías semántico-culturales. La estructura conceptual y semiótica, el componente ideacional, el canal simbólico-retórico de que se vale, los recursos semánticos e implicaciones del mensaje colocan al receptor ante un rico potencial de significado. No obstante esa amplitud de espacio semántico, voy a limitarme a descifrar uno sólo de los significados y, como siempre, desde el modo de interpretación antropológica.

Las categorizaciones y polaridades que motivan el subtexto parecen ser de este tenor: microcosmos/macrococosmos, particularismo/universalidad, homogeneidad/heterogeneidad, inclusión/exclusión, inferioridad/superioridad y traducción simbólico-cultural. En registro social la visualización problemática que subyace es de este tenor, y puede formularse antropológicamente de esta manera: la antigua cabeza del reino, Aragón todo, está quedando reducido a un microcosmos sin relieve, local y homogéneo, carente de poder real. Ciertamente que la Corona engloba a pueblos culturalmente diversos; más aún, recientemente, el monarca ha unido Aragón a Castilla. Pero la realidad es que a mayor inclusión de gentes diversas, a mayor expansión por tierras extrañas y cuanto mayor sea el pannacionalismo de las dos coronas, menor control político y menor capacidad de maniobra corresponde a Aragón y sus instituciones; de aquí la necesidad de una más precisa definición interna diferenciadora, de una mayor exaltación de la específica identidad, de una más intensa afirmación cultural, en otras palabras. Y ésta se busca en peculiares raíces profundas, en singulares tradiciones arcaicas, en topografías privilegiadas, en ideas y creencias endógenas, en cultos y ritos ancestrales locales. La pérdida de protagonismo político reactiva la glorificación de la especificidad cultural; la descentralización de poder sufrida por Zaragoza<sup>129</sup> viene compensada con creces, y en otro más radical nivel, por la elección de las dos ciudades aragonesas como el primer centro espiritual trascendente. Desciende

<sup>129</sup> A Zaragoza la nombra, un tanto nostálgicamente, como cabeza de los reinos.

el barómetro político, pero crecen el particularismo, el exclusivismo y la superioridad cultural. Más aún, y éste es otro de los aciertos vagadianos al profundizar en la especificidad espiritual-cultural aragonesa, la convierte forzosamente no sólo en un punto cardinal cultural, sino también en un centro de orientación espiritual o macrocosmos que incluye y recibe a todos los cristianos. La potenciación de la especificidad local interna pone en operación un proceso generalizante y universalizador, con su correspondiente protagonismo cultural. Daroca, Zaragoza, Aragón, por tanto, metonímicamente, es *el* centro y foco de atracción primero de la cristiandad: «de toda la hespaña, y ahu de toda la cristiandad», según formulación del fraile. Vagad ha metamorfoseado la pérdida en ganancia.

La reconstrucción imaginativa que fray Gauberte hace del tiempo y del espacio aragoneses va mucho más allá de lo que he sugerido; ambos son transformados simbólicamente para apremiarles a significar precisamente lo contrario, algo ahistórico, sin base espacial, atemporal; algo en que Vagad cree visceral, emotivamente: que Aragón es el pueblo elegido por Dios. Las teofanías espacio-temporales que describe y comenta no son sino manifestaciones externas, localizables, de la divina elección, eterna e inmutable. Pero, además la historia del reino no es, en esencia, sino una ininterrumpida relación de la intervención divina en favor de Aragón y de los aragoneses; hasta las armas reales han sido «por el mismo dios y nuestro señor dadas»<sup>130</sup>. En los momentos difíciles, cuando las armas de Aragón merodean la derrota, los cielos y todo el real de los aragoneses se cubren de apariciones y maravillosas visiones, de las «mas altas y diuinas señales»<sup>131</sup>; en ocasiones, la alianza divina es manifiesta: adelanta y anima al ejército una caballería celestial capitaneada por San Jorge<sup>132</sup>, que da la victoria a los que la merecen. Las señales de predilección del Señor por el reino son muchas<sup>133</sup>; Dios toma parte activa en los hechos de los aragoneses<sup>134</sup>, humillando la arrogancia francesa («fizo dios lo suyo ... justicia diuina»)<sup>135</sup> y protegiendo y enalteciendo la casa de Aragón, siempre «fauorecida y guardada por celestiales socorros»<sup>136</sup>. En una ocasión afirma que el rey estaba seguro de «que dios fazia parte en su fecho»<sup>137</sup>, y en otra nos dice taxativamente que «Dios nuca se demostro como alos nuestros»<sup>138</sup>. Para Vagad, los triunfos aragoneses son «fechos de dios»<sup>139</sup>, porque «guerreá dios por nosotros»<sup>140</sup>. Estas dos citas finales que

<sup>130</sup> Prólogo segundo.

<sup>131</sup> Prólogo segundo.

<sup>132</sup> Fol. LXXVIII.

<sup>133</sup> Fol. LXXXV.

<sup>134</sup> Fol. XCIXr.

<sup>135</sup> Fol. CXXIII.

<sup>136</sup> Fol. XXXVr.

<sup>137</sup> Fol. CXII.

<sup>138</sup> Fol. LXXXIII.

<sup>139</sup> Fol. CLXXIr.

<sup>140</sup> Fol. CXXIIIr.

copio no dejan lugar a dudas sobre la predilección divina por Aragón: «viedo las marauillas que dios hauía mostrado en fauor de Aragón»<sup>141</sup>; «fasta la justicia diuina: mas el mismo dios que es mas, toma nra parte: por suya, y responde por nosotros»<sup>142</sup>.

Ciertamente que, desde esta perspectiva, el dinamismo del pasado aragonés que Vagad realza es, en conjunto y en última reflexión, la historia de las intervenciones divinas en ese pueblo y a través de su gente; la justicia deífica se muestra en acción en las hazañas de unos hombres elegidos; el reino de Dios se cumple y canaliza por el sendero de la historia aragonesa. Vagad deja así de ser historiador para convertirse en teólogo; justifica la historia al transformarla en alegoría moral. En su filosofía de la historia, la eternidad de la acción divina desborda, en su eterno retorno, la especificidad del tiempo y del espacio y las posibilidades y límites de la acción humana. La eternidad empobrece a la historia. Sin embargo, y a pesar de esta vertiente teológica innegable, la *Coronica* resalta a la vez la energía y el brío individual, la voluntariedad y virtud de los actores; los hechos humanos, nos viene a intimar fray Gauberte, son expresión del espíritu humano; los aragoneses, con su denuedo y proezas, hacen historia. Razona así no el humanista Vagad, sino el portaestandarte y poeta que mira con nostalgia los ideales caballerescos medievales, ya tardíos.

El marco de referencia dentro del cual conceptualiza Vagad la acción humana digna de mención es la honrosa Ley de Caballería. En la *Coronica*, las referencias al modelo caballeresco de comportamiento, a las apariciones de San Jorge como caballero<sup>143</sup> capitaneando una celestial caballería<sup>144</sup>, al ritual de transición para hacerse caballeros<sup>145</sup>, a la creación de la orden de caballería de la Jarra<sup>146</sup>, etc., son excepcionalmente numerosas. El ideal caballeresco es la arquitectura moral e ideacional que sustenta a la *Coronica*. Su autor, monje y soldado, es bien explícito: la «caualleria ... es el mas esforçado, noble y valiente de los tres estados»; «los dos mas pricipales estados del mudo ... [son el] sacerdocio y [la] ... caualleria»<sup>147</sup>. Los caballeros son, desde luego, libres y señores<sup>148</sup>, llamados a realizar grandes hazañas; «los fechos dela honrra, y dela virtud» riman con los linajes, caballeros y solares conocidos<sup>149</sup>; poco se puede hacer «desuezado de cauallerias»<sup>150</sup>.

Caballería es una palabra nodal vagadiana con un amplio arco semántico;

<sup>141</sup> Fol. CXVI.

<sup>142</sup> Fol. CXIIr.

<sup>143</sup> Fol. XXXIIIr.

<sup>144</sup> Fols. LXXXVIII y LXXXIII.

<sup>145</sup> Fols. LXIII, CXVII y CXXXVI.

<sup>146</sup> Fol. CLVIr. Pedro IV "amador de caualleria" establece también "una orden de caualleros", fol. CXXXV.

<sup>147</sup> Prólogo primero.

<sup>148</sup> Fol. XVIIIr.

<sup>149</sup> Fol. CLXIr.

<sup>150</sup> Fol. L.

equivale, en primer lugar, a verdad, honra, honor y virtud<sup>151</sup>; a cordura, discreción<sup>152</sup>, humanidad, dulzura y buen juicio<sup>153</sup>. El caballero, en segundo lugar, debe dedicar su actividad y pensamiento a alcanzar la vida del honor y de la fama<sup>154</sup>; como hombre de honor y de palabra<sup>155</sup>, debe justicia al vasallo<sup>156</sup> y, a su vez, lealtad, vasallaje y obediencia al rey<sup>157</sup>, y tiene que estar dispuesto a morir por el monarca, por su naturaleza y por su patria<sup>158</sup>. «La gloria de Dios: ... [y] el bien comu dela cristiadad» son sus objetivos últimos<sup>159</sup>. Es propio del buen caballero, en tercer lugar, el pretender alcanzar la «vida de fama inmortal enla tierra»<sup>160</sup>; ésta se consigue no sólo por la práctica de la virtud, nobleza y magnanimidad, sino también a través de la valentía y el denuedo<sup>161</sup>, por la práctica del «magnanimo exercicio delas armas»<sup>162</sup>, por las famosas empresas guerreras<sup>163</sup> y «grandes fazañas»<sup>164</sup>, en las que tienen siempre puesto su noble deseo. El caballero nunca cede en el campo de batalla<sup>165</sup>: de «las arduas: cauallerosas: y ta nobles conquistas ... sale siempre con hora»<sup>166</sup>. La ley de caballería exige tener la espada pronta en la mano<sup>167</sup>, no olvidar la venganza de los ultrajes<sup>168</sup>, combatir de recio, derribar caballeros y pelear en toda justa ocasión<sup>169</sup>. Eso es, en realidad, lo que significa hacer caballerías o «auto de cauallerías»<sup>170</sup>; es bien sugestiva la frase: «por fazer algu auto de caualleria: y digno de renobre: acordo de entrar en castilla: y correr el campo»<sup>171</sup>.

El código caballeresco propone ideales que se traducen en obras personales; la ambición de honra, renombre y fama es un resorte que lanza a la acción, que incita a conquistar a mandoble, palmo a palmo y golpe tras golpe el honor y la gloria, a sobresalir. Esa configuración de creencias e ideas es un hontanar de heroísmo del que la individualidad salta en surtidor en busca de aventura. El Mediterráneo era en aquel siglo el escenario de la acción. Esos caballeros también hacen historia, y la hacen a su manera, heroica unas

---

<sup>151</sup> Fol. CVr.

<sup>152</sup> Prólogo primero.

<sup>153</sup> Fol. IIIr.

<sup>154</sup> Prólogo primero; fols. LXXXII, XCr.

<sup>155</sup> Fol. LVII.

<sup>156</sup> Fol. LXX.

<sup>157</sup> Fols. CXLI, CXIII.

<sup>158</sup> Fol. CXIIIr.

<sup>159</sup> Prólogo segundo.

<sup>160</sup> Fol. XXX.

<sup>161</sup> Fol. LV.

<sup>162</sup> Fol. VIIr.

<sup>163</sup> Fols. III, LXX.

<sup>164</sup> Fol. CLXVr.

<sup>165</sup> Fol. LXIIIr.

<sup>166</sup> Fol. LXXIXr.

<sup>167</sup> Fol. LXXXIXr.

<sup>168</sup> Fol. CVIIIr.

<sup>169</sup> Fol. CXXIIIr.

<sup>170</sup> Fols. CLIX, CLXVIIIr.

<sup>171</sup> Fol. CLXXr.

veces, mitificándola otras, arrogante siempre. El rey, escribe Vagad, «como de coraçon alto, magnanimo, y batalloso, entedio en fazer algo q digno fuesse de alabaça y memoria eterna: procurar por alcaçar la historia»<sup>172</sup>. Un simple valiente mancebo, ante una situación crítica, da voces con el mismo ideal en su mente: «Que fazemos señores: para esto venimos aca, para no fazer mas: seguid me q yo qero primero morir: y entremos en ellos: que no son gente para se nos defender»<sup>173</sup>. El *Si no, no* y los sucesos que tuvieron lugar en Zaragoza un siglo más tarde tenían hondas raíces culturales pluriseculares. La *Coronica* es un grueso eslabón en esa ininterrumpida —pero a veces sumergida— cadena ideal que llega hasta hoy.

Otra forma de manifestarse la pasión y el hambre de afirmación personal para «ser galardonado ... en esta vida for fama: y enla otra por gloria imortal y eterna»<sup>174</sup> es «defender los pubildos: y amparar las dueñas, viudas y tristes»<sup>175</sup>. El rey comienza la empresa de Nápoles porque «no puede faltar ala reyna, q le ha requerido como dama sin abrigo y ta desanparada, q por lo q deue a caualleria q es defender pubildos y viudas, q la defieda de sus cotrarios q cotra toda vdad y justicia la qeren deseredar delo suyo. y q piense q virtud le costrñe, y nobleza le manda y reqere q no dexede anparar ta afrotada y pseguida señora: no solamete porque es muger: mas viuda: y ta desabrigada y corrida: que el desanparar la seria caso muy feo: y desonesta, y fiera mazi-lla»<sup>176</sup>. Muchos caballeros andantes salieron de sus casas y dejaron sus tierras para «ganar fama y renobre»<sup>177</sup>, desfaciendo entuertos y ayudando a doncellas y oprimidos, más de una centuria antes que el Caballero de la triste figura.

La estructura interna de la *Coronica* hace aflorar, una vez mas, la motivación subterránea que la señorea: ensalzar, en todo caso y momento, la caballerosidad de Aragón y sus hombres. El rey de Aragón, escribe orgulloso Vagad, no es sólo el más caballero entre caballeros, «nuca vencido, ni casado de guerras»<sup>178</sup>, sino que es la mismísima «flor de cauallería: de esfuerço, y de virtud»<sup>179</sup>; «no hay tan valiente cauallero en el mudo» como nuestro rey<sup>180</sup>, siempre dadivoso<sup>181</sup>, virtuoso y honorable, paladín de la caballería y de la verdad<sup>182</sup>. En la Casa de Aragón reside como en mansión propia «la mansedubre: clemencia y virtud»<sup>183</sup>; supera y siempre ha superado a las demás «en toda caualleria y nobleza», gloria y fama<sup>184</sup>. Los aragoneses son

<sup>172</sup> Fol. CLXVI.

<sup>173</sup> Fol. CLXVIIr.

<sup>174</sup> Fol. XLIX.

<sup>175</sup> Fol. XCVI.

<sup>176</sup> Fol. CLXV.

<sup>177</sup> Fol. CLXIIIr.

<sup>178</sup> Fol. XLVII.

<sup>179</sup> Fol. LXVr.

<sup>180</sup> Fol. CX.

<sup>181</sup> Fol. LXXXr.

<sup>182</sup> Fol. CVr.

<sup>183</sup> Fol. XCIX.

<sup>184</sup> Fol. LXXIX.

realmente los verdaderos conocedores del «arte de caallería»<sup>185</sup>, los eximios catadores de la honra y la fama, los siempre vencedores en el campo de batalla por «esperiecia de guerra»<sup>186</sup>. Los italianos, por el contrario, no sólo no son caballeros en su comportamiento, sino que ni siquiera saben de caballería<sup>187</sup>; los castellanos todavía no han logrado entender la nomenclatura propia del arte<sup>188</sup>, y los franceses desconocen, según prueban sus actuaciones tan poco caballerescas, hasta los más elementales principios de tan sublime Orden<sup>189</sup>. Por el contrario, Aragón y los aragoneses conocen y practican los ideales caballerescos; saben de las normas y leyes, del arte pertinente en cada caso; en el campo<sup>190</sup>, en los requerimientos, justas y torneos<sup>191</sup>; en los festejos y celebraciones de caballería<sup>192</sup>; en cazas, cantares, músicas y gentilezas caballerescas<sup>193</sup>, autos de teatro<sup>194</sup> y hasta en vinos y comidas<sup>195</sup>.

El Aragón de Vagad es una literaria elaboración partidista de unos datos históricos para probar aquello en lo que emotivamente cree; es también, y más importante, una recreación poética de temas tradicionales y categorizaciones primarias, de costumbres, instituciones y mitos que son los que descubren la realidad aragonesa; es, por último, y formulado de otra manera, una transposición de todos los recursos utilizados a formas simbólicas que son, en definitiva, las representaciones más reveladoras de lo que un pueblo ha pretendido en el pasado y quiere ser en el presente. La *Coronica* es una excepcional creación cultural, de imprescindible lectura para el historiógrafo de la identidad aragonesa. Vagad no es tanto historiador como constructor de la conciencia regional y, por consiguiente, arquitecto de una parcela de la historia de Aragón<sup>196</sup>.

\* \* \*

Unas líneas, para terminar, sobre la creación cultural. Vagad es el autor de la crónica; él ha leído los viejos cartularios y otros documentos, ha preguntado en ocasiones a los que formaron parte en el escenario histórico que describe y ha sido, en otras, testigo o actor. Los hechos, tiempos y espacios, caballeros, reyes y mitos que relata han sido seleccionados, sesgados y realzados por el cisterciense; la preferencia por ciertas locuciones y tropos, signos y símbolos le pertenece. Suyos son los juicios personales emitidos; las valoraciones y críticas, tan numerosas; las interpretaciones tan románticas, como

<sup>185</sup> Fol. XCIXr.

<sup>186</sup> Fol. XCIXr.

<sup>187</sup> Fols. CLXIIr, CLXIXr.

<sup>188</sup> Fol. LVII.

<sup>189</sup> Fol. CLXVIIr.

<sup>190</sup> Fols. C y sigtes. CLXXVr, CLXXVII.

<sup>191</sup> Fols. XCIr, CXVIII, CXXII.

<sup>192</sup> Fols. XLII, LIXr, LXXXI, XCVIIr, CXXI, CLIXr, y sigtes., CLVIIIr.

<sup>193</sup> Fols. XLII, CXXXVr, CLXI, CLXXVII.

<sup>194</sup> Fol. CLXXIX.

<sup>195</sup> Fol. CLXXIXr.

<sup>196</sup> Bien merece que su nombre sea recordado en alguna calle zaragozana.

audaces e inverosímiles; la imaginación moral que, como aria ininterrumpida, subyace a la polifonía de la *Coronica*. Esta es tan particular, individual o vagadiana, tan impersonal y singular, que ha provocado casi unánime rechazo entre los historiógrafos. Vagad nos da su versión de la historia de Aragón, lo que antropológicamente significa que Vagad añade una configuración cultural significativa a la historia aragonesa.

Pero ¿es realmente su versión? Ciertamente, pero sólo en parte, ya que es, además, la interpretación proveniente de un yo plural, receptor de variadas influencias: Vagad es, como he indicado, historiador, poeta y alférez mayor, religioso, humanista, viajero y ciudadano de Zaragoza en la segunda mitad del siglo xv. Forma parte también de una minoría poderosa, frustrada y dinámica, compuesta por intelectuales, eruditos humanistas, nobles, alto clero, reconocidos juristas, diputados y autoridades del reino. Estimo que cuando estos prohombres eligen a Vagad para que cuente la historia del reino piensan en él como un eco o amanuense de las ideas y creencias que miman y comparten, las cuales, a su vez, provienen de mitos antiguos, escritos jurídicos previos, desequilibrios de poder e intereses y situaciones históricas interpretadas por ellos. Desde esta perspectiva, la *Coronica* es una creación cultural elaborada por una élite, es decir, por una miniminoría de la población aragonesa, en un momento determinado. Todo segmento cultural está caracterizado por un grado similar de participación en el mismo sistema semiótico-cultural e idéntico sistema semántico; no sólo pertenecen a un mismo nicho social y peldaño en la jerarquía, sino que comparten y son coproductores de un conjunto diferencial de signos, símbolos y significados, ideas, valores, imágenes y representaciones.

Ahora bien, la inmensa mayoría de aragoneses contemporáneos a los coautores no sabía leer ni escribir, desconocía —no es aventurado afirmarlo— la historia e instituciones específicas patrias y vivía en contextos sociales y situación económico-política marcadamente diferentes. Vagad escribió para un grupo selecto de nobles, para un cenáculo de poderosos y cultos; es intérprete y vocero a la vez de su propio entorno y, por tanto, sólo esos *happy few* pueden ser los receptores auténticos del tono, calidad y filosofía política del mensaje. Podemos asumir, sin riesgo grave, que entre ambos grupos había una cierta discontinuidad cultural o, más precisamente, una heterogeneidad cultural; no pertenecían los segundos al mundo de la caballería. Al protagonismo político-cultural de aquéllos corresponde el silencio y la ausencia en éstos; las citas clásicas de la *Coronica* y los recursos estilísticos, la ideología política expresa y subyacente, la versión del pasado canónico y las pretensiones para el futuro forman un *corpus* semántico-simbólico que tiene su *situs* en una zona privilegiada de la población a la que la mayoría no tiene acceso. Sus orientaciones mentales y representaciones, sus conocimientos, capacidades, imágenes, posibilidades y aspiraciones tienen que ser forzosamente diferentes. Su cultura es otra, sin duda.



¿Sin duda? Los contrastes verbales, de formas, temáticos, de contenido y modales son, o pueden ser, desde luego, numerosos entre diferentes sectores o capas de una misma sociedad política. Pero si dejamos de mirar el concepto de cultura como algo sustantivo, la evidencia de la afirmación anterior comienza a desvanecerse. Quizá sea fértil heurísticamente considerar por un momento a la cultura como un *collage* de naturaleza histórica. La *Coronica*, simultáneamente producto y creadora-potenciadora del nacionalismo, nos puede ayudar a esa conceptualización. Vagad dedica años de su vida a narrar la epopeya aragonesa desde una perspectiva nacionalista; los castellanos, franceses e italianos, en grado mayor, y los navarros y catalanes, en tono menor, agudizan con su presencia, fronteras y acciones, a lo largo de la historia, la vivencia de conciencia nacional aragonesa en ciertas capas de la población. Los historiadores saben muy bien que el nacionalismo es muy antiguo, y los antropólogos, que es un fenómeno cultural universal. Las descargas concretas que lo producen o intensifican, los resortes manipulados, las coloridas máscaras que lo representan y los vehículos que lo transportan son excepcionalmente heterogéneos y numerosos, pero en el fondo, y desde una perspectiva antropológica, lo que descubrimos es un esfuerzo diferenciador e identificador en un grupo y/o medio geográfico concreto. Bajo esta óptica, el Aragón de Vagad, el de finales del siglo XVI, el de 1922, el de mayo de 1936 y el actual exhiben un *pattern* común, una constante o, mejor dicho, una invariante actitudinal dentro de la necesaria transformación. Esos momentos históricos actúan como espejos que se envían *ad infinitum* la misma imagen recíproca.

Si esto es así, podremos imaginar la historia de un pueblo como recorrida por el mismo hilo de Ariadna o, mejor, como una polifonía compuesta por unas pocas, permanentes melodías, pero permanentemente moduladas, o, también, como una secuencia de traducciones, permutaciones y transformaciones de las mismas constantes, esto es, de los mismos radicales significados. Las conceptualizaciones económicas, tales como importación/exportación, transferencia, apropiación, préstamo e intercambio; las semánticas de traducción, reformulación, versión alternativa, reduplicación y estilo, y las metafísicas, como reencarnación, metamorfosis y metempsicosis, componen una inicial lista de posibles y aptas metáforas para describir los procesos culturales. Cultura equivale a un proceso dinámico de creación y de retorno a lo prístino, a innovación dentro de la permanencia, a viajes u oscilación entre el pasado y el futuro, a resurrección, a transustanciación y circularidad. Cultura es la transformación de lo permanente y universal. Bajo esta óptica, las diferencias entre cultura de élites y cultura popular son superficiales, temporales, reversibles: los cortesanos copian a los pastores, y, en el Aragón actual, la élite política trata de reavivar dormidas tradiciones locales, pueblerinas, para demostrar la idiosincrasia cultural regional. Al mismo tiempo, un número mucho mayor de aragoneses participa hoy de la formulación regionalista de las élites, a su vez más numerosas. La reconstrucción imaginativa, la transfusión de unos

estratos a otros, el montaje de fragmentos promiscuos y la calcomanía de imágenes, el *déjà-vu*, *semper eadem* y *plus ça change...*, son necesarias formulaciones de la energía cultural.

Y difícilmente puede ser de otra manera desde la esfera de experiencia humana tan común y limitada. Los antropólogos han constatado una y otra vez la pobreza imaginativa humana; la leyenda de San Jorge, por ejemplo, que con frecuencia aparece en las páginas de la *Coronica*, es un tema repetido en centenares de culturas. Las condiciones de la existencia humana, esto es, sus semejanzas elementales, son responsables de tal monotonía. El despliegue temporal local de energías y pulsiones primigenias, los factores primarios de experiencia generan capacidades y tendencias panhumanas, estructuras psíquicas generales, y fundamentan universales culturales. La identidad, la conciencia de grupo diferente parece inherente a la humanidad, culturalmente inherente, quiero decir. A través de esta excursión hermenéutico-antropológica por los folios de un incunable, hemos vivido entre un reducido grupo de zaragozanos del siglo xv, y ellos viven aquí, ahora, en un nosotros mucho más complejo y mayor. Reencarnación cultural; novedad de lo antiguo. En los aspectos más fundamentales de nuestra existencia estamos condenados a repetir el pasado, pero con anomalías. La cultura es presagio seguro, aunque no destino; es unidad en el cambio y en el flujo; es la abstracción como realidad\*.

Canabal, otoño de 1983.

---

\* Como habrá observado el lector se ha prescindido por razones técnicas de la puntuación — . y de otros signos que en el original indica elisión de n, r, etc.